



ÉPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII.

NÚMERO 28. — Madrid 5 de Octubre de 1885.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *Excursión a la sierra del Alto-Rey* (continuación), por D. Manuel Pérez Villamil. — *La Venganza de un fraile*, por D. Valentin Gómez. — *Pontífice y Rey*, por Don J. Zorrilla de San Martín. — *Bibliografía*, por Fr. Conrado Muñoz Sáenz. — *Progresos de la electricidad*, por D. E. M. Repullés y Vargas. — *Patriotismo y abnegación* (continuación), por D. Esteban Marcel. — *Conocimientos útiles*. — *Miscelánea*. — *Advertencia*.
GRABADOS.—*Rvmo. Sr. y Dr. Walsh*. — *San Gervasio y San Protasio son conducidos al martirio*. — *Una fortificación en los Balcanes*. — *Jefe insurrecto de la Rumania*. — *El príncipe Alejandro de Bulgaria*.

LA DECENA

Hoy 4 de Octubre ha terminado legal y reglamentariamente la feria de Madrid; si bien como rasgo característico de nuestro organismo social, instintivamente refractario á leyes y reglamentos, se otorga todos los años una prórroga, que constituye lo que puede llamarse *el rabo de la feria*. De modo que aun queda *el rabo por desollar*.

No me ocurre nada nuevo ó saliente que decir á propósito de esta feria, que ha pasado como pasan todas las cosas y todas las ferias de este mundo. *Sic transit feria mundi...*

¿Se habían ustedes figurado que se escaparían sin su latinejo correspondiente en esta revista? Llévenlo con paciencia, que tampoco yo me escapo, cada veinte ó treinta días, sin la consabida esquelita de la *antigua suscritora*, tan discreta en la forma como maliciosa é intencionada en el fondo, haciéndome observaciones algo punzantes que por ser justas, como suyas, acato sin discusión y por venir de una respetabilísima dama no llegan á herir mi amor propio, antes bien se despuntan en la coraza de mi agradecimiento.

Díceme en la última, y muy reciente, que «esperaba de Blas, ya que sacó á cuento las ferias de Madrid, algo más que trivialidades y pinitos de humorismo » acerca de esa especie de fiesta popular. » Añade que «no habría estado de más recopilar algunas noticias y apuntar algunos datos curiosos relacionados con esa institución comercial, en lugar de ciertas mordaces alusiones á la estética del traje femenino, que podrían enajenar á su autor las simpatías del bello sexo. » Y termina con una reticencia muy delicada, pero más penetrante que una aguja de coser; reticencia que puede traducirse al idioma de la franqueza en esta frase: «Cada uno habla de la feria lo que sabe de ella. »

No trato de ocultar mi ignorancia, que es tan grande como la amabilidad de mis

lectores; pero debo dejar consignado que nunca tuve la presunción de convertir en cátedra el modesto vestíbulo de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, desde el cual me permito (ó me permiten, mejor dicho) comunicar en tono ligero y con la familiaridad que es el triste privilegio de la vejez, mis impresiones, mis juicios y frecuentemente, mis extravagancias personales sobre los hechos, cuestiones y acontecimientos que pasan por delante de mis ojos.

Ni soy filósofo, ni soy erudito, ni soy historiador, ni soy crítico, ni soy literato, ni soy más; ni menos que un viejo de buen humor que escribe lo que se le va ocurriendo, á la buena de Dios y sin pizca de trastienda ni de malicia.

Ni mis años, ni mi vista, ni mis poco flexibles músculos me permiten echarme á buscar, entre mis escasos libros, algunas ideas ajenas con que amenizar las insipideces propias.

Pero un exceso de condescendencia y un deber de galantería me obligan hoy á sacar á la feria algunos retazos de telas que otros tejieron. Será una exhibi-

ción por cuenta ajena y tan rápida como exigen las condiciones de mi trabajo.

La palabra *feria* es completamente latina y se usó en la Edad media en la acepción de *mercado*, por la antigua costumbre de celebrar los mercados en los sitios mismos donde se celebraban las fiestas. La dificultad de las comunicaciones en aquella época daba á las ferias una importancia excepcional, que han ido perdiendo en los tiempos modernos.

La carta más antigua de que hay memoria relativamente á las ferias, es la que dió el Rey Dagoberto en Francia, al instituir el año 629 la feria de San Dionisio, que alcanzó una inmensa celebridad y se perpetuó, pasando por diversas fases, hasta 1789, conservando su doble carácter religioso y mercantil.

París tuvo además algunas otras ferias célebres, entre ellas la de San Lázaro, la de San Lorenzo, la de San Germán, la de los *Jamones* y la de San Ovidio.

El hospital de San Bartolomé de Londres, fundado á principios del siglo XII, tenía el privilegio de una feria, que creció en importancia hasta el siglo XVI, declinó luego rápidamente hasta el XVIII, en que tomó carácter político (en todas partes cuecen habas) y fué suprimida en 1838.

La feria de Greenwich, por Pascua de Pentecostés, que atraía numerosos forasteros á Londres, tuvo que suprimirse por medida de policía, en razón á que la concurrencia de gentes de mal vivir casi superaba á la de feriantes. Las demás ferias de Inglaterra son principalmente agrícolas. La de Weyhill en el Hampshire, que se celebra el 10 de Octubre, es notable por el ganado lanar; á la de Ipswich, en Agosto, acuden por término medio 150.000 carneros; la de Horn-Castle, en el Lincolnshire, tiene nombradía por sus caballos y á ella concurren aficionados de toda la Gran Bretaña, del Continente y hasta de los Estados-Unidos; y por último, merecen mencionarse las de Suffolk, Bristol y Exeter.

En Escocia la feria más afamada es la de Falkirk, de ganado lanar y vacuno, y en Irlanda la de Ballinasloe, donde se reúnen unos 12.000 buyes y de 90 á 100.000 carneros.

Los flemáticos holandeses, durante las ferias de Amsterdam y Rotterdam, eminentemente populares, echan á un lado su gravedad característica para entregarse á turbulentas expansiones callejeras, que sólo parecerían propias de nuestros compatriotas de Triana, del Perchel y de la Macarena.

La principal feria de Italia es la de Siniaglia, en los que fueron Estados Pontificios, se celebra en Julio y Agosto y atrae negociantes de toda la Europa central y



REVERENDÍSIMO SEÑOR Y DOCTOR WALSH,
nuevo Arzobispo de Dublin.

septentrional, del Norte de Africa y de Levante. En ella predominan las transacciones sobre la seda.

Las grandes ferias húngaras se celebran principalmente en Buda-Pest en Marzo, Mayo, Agosto y Noviembre, y en ellas se exponen los productos industriales de todo el país. Las de Debreczin no son menos notables bajo el punto de vista comercial y, para el viajero, por lo que se relacionan con los usos y costumbres.

De todas las ferias europeas, las más importantes, sin duda alguna, son las de Alemania. Llámense *kirmessen* (en Flandes *kermesses*), esto es, «ferias de la Iglesia», puesto que la voz alemana *messe* (feria) viene derivada de *missa*. Se celebran en muchísimos puntos de Alemania, pero cuatro, sobre todo, tienen una resonancia excepcional: las de Leipzig, que datan del siglo xv y son las más notables de todas; las de Francfort-del-Mein, la de Francfort-del-Oder y la de Brunswick. El valor total de las mercancías vendidas anualmente en las tres ferias de Leipzig, y entre las cuales figuran en gran escala los libros, se calcula en 250 millones de pesetas, y en esas exhibiciones comerciales están representados todos los pueblos de la tierra.

En la Rusia central, á 425 kilómetros de Moscow, se celebra anualmente, por espacio de ocho semanas, á contar de 1.º de Julio, la famosa feria de Nijni-Nougorot, adonde fué trasladada desde Macariev en 1816, después del incendio de esta población. A ella acuden de 300 á 400.000 negociantes y las mercancías se hallan distribuidas en más de 3.000 tiendas diferentes, cada una de las cuales está dividida en compartimientos simétricos y cada uno de éstos destinado á una clase determinada de objetos. Una de las divisiones más imponentes es la que corresponde á la Siberia.

Esta última provincia tiene también la feria anual en Kiakhta, cerca de la frontera china y es el emporio del comercio entre la Rusia y el Celeste Imperio. Esta feria data de 1727 y ha contribuido poderosamente á ensanchar las relaciones comerciales entre ambos países.

El valor de las mercancías vendidas en las ferias del Imperio ruso se estima en 500 millones de pesetas.

En Turquía, el país de los bazares, las principales ferias son las de Yenidge, Vardar, Seres, Okri, Varna, Philippoli, Eski Agra, Yatar-Bazari y Tshaltadeh, alguna de las cuales dura cuatro semanas. Pero la gran feria de Oriente es la de la Meca, por la época de las peregrinaciones anuales. Baste decir, que en nuestros días, á pesar de haber perdido gran parte de su antigua importancia, todavía acuden á ella, por término medio, 100.000 personas.

La feria más celebrada de la India, es la de Hurdwar, adonde acuden de 200 á 300.000 almas, y que constituye el gran depósito de los productos del Nepal, del Punjab, del Afghanistan y del Bukara, consistentes principalmente en caballos, camellos, frutas secas de Persia, especias, tejidos, cachemiras, etcétera.

No me queda tiempo para hablar de las ferias de Méjico (antes de la conquista), que, según Prescott, se celebraban cada cinco días en las principales poblaciones de aquel Imperio, y cuya organización asombra hoy en medio de nuestros decantados adelantos; ni de las ferias instituidas en el Perú por los Incas para la expendición de productos agrícolas, que se efectuaba por medio del cambio ó trueque de unos artículos por otros; ni de las ferias de la América del Norte, cuyo carácter difiere esencialmente del de todas las ferias antiguas y modernas, puesto que, más bien que mercados, pueden considerarse como concursos de animales domésticos y de productos industriales y aun algunas de ellas tienen un carácter exclusivamente filantrópico ó religioso.

Después de esta rapidísima excursión, casi *telegráfica*, por las ferias del mundo, creo que sería poco modesto hablar de nuestras ferias, incluyendo las de Sevilla y Barcelona, y sobre todo hablar de las ferias de Madrid, siquiera para no abrir los ojos á los escritores extranjeros, que saben poco y mal de este asunto. En prueba de ello, ahí va un texto francés tomado de una obra didáctica, que casi puede considerarse como oficial:

«La plus fameuse foire de Madrid a lieu annuellement le 15 mai à l'hermitage de San Isidro del Campo...» Así se escribe la historia.

«Pero no es así como se escriben las *Decenas*» dirá seguramente para sus adentros el director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, al ver el papel destinado á esta revista convertido en una especie de cosmorama de feria. Y tendrá muchísima razón en decirlo y en apagarle la linterna.

La de Diógenes necesitaría yo para encontrar asuntos con que entretener á mis lectores.

El cólera no se decide por completo á dejarnos, si bien es verdad que de muchos días á esta parte su esfera de acción está tan limitada, por lo que toca á Madrid, que no nos daríamos cuenta de su existencia si no lo recordara cotidianamente la *Gaceta*, señalando dos ó tres casos de invasión, que deben servirnos de alerta para no prescindir de las precauciones que tan buen resultado nos han producido.

En las provincias sigue notándose un lento pero constante descenso, que implica la consoladora esperanza de que la epidemia, después de haber abierto á la muerte tantas puertas, se encuentra ella misma á las puertas de la muerte.

También el frío se nos ha entrado por las puertas, á la verdad algo intempestivamente y con unos bríos impropios de su glacial naturaleza. Se conoce que no consulta el calendario y ha anticipado la época de su venida. Pero como, en medio de todo, el frío no se parece á los hombres, que insisten sistemáticamente en sus errores aun después de reconocidos, tengo la evidencia de que cuando lea este párrafo y se persuada de su equivocación, se retirará discretamente á sus cuarteles de invierno, esperando que le llegue la vez, en el turno pacífico de las estaciones, para hacer su entrada legal por la puerta de Diciembre.

A propósito de puertas, por la Otomana (que tiene tanto de puerta como el *diván* de sofá) se ha metido, como ya saben ustedes, un venticillo colado, que sopla de Rumelia con tanto ímpetu, cual si tratase de reavivar hasta levantar voraces llamas la mal apagada hoguera de la cuestión de Oriente.

Pero no me corresponde á mí hablar de asuntos extranjeros, que ya tienen acreditado cronista en esta publicación.

Aun me queda algo que decir relacionado con las puertas.

Durante el mes de Agosto último han entrado, haciendo eses y dando tumbos, por las puertas de Madrid, cerca de dos millones de litros de vino. Esto, más que de entrada, tiene visos de inundación: en semejante cantidad de líquido podrían bañarse á la vez todos los habitantes de la Corte, hasta los que llevan el apellido de Aguado, y podría flotar una escuadra... si la tuviéramos.

He sabido por buen conducto (pero reserven ustedes la noticia) que los depósitos del Lozoya se comían y aún se bebían de envidia ante esa inmensa catarata, de color tan parecido al del vino que fácilmente se confunde con él. Se añade que ha faltado poco para que estallase una colisión entre ambos líquidos; pero han mediado negociaciones y componendas, en cuya virtud se ha venido á un acomodamiento. El Lozoya, como mas apacible de condición y más claro y expansivo de genio, ha hecho una visita amistosa al Valdepeñas, y ambos contrincentes se han confundido en un estrecho abrazo. El río ha regresado á sus depósitos con algún caudal de menos y el vino se ha quedado en los suyos con algún agua de más.

He leído ha pocos días en los periódicos que en cierta población se han envenenado muchas personas y que se atribuye la intoxicación á ciertas sustancias empleadas para componer el vino.

En otra localidad se ha echado á volar la especie de que habían sido envenenadas las aguas por unos extranjeros.

A ambos rumores ha podido dar crédito la siempre calenturienta imaginación del vulgo que bebe vino sin dejar de beber agua; pero han sido recibidos con manifiesta incredulidad por los que sólo beben agua y por los que sólo beben vino.

Los aguados no aciertan á comprender que nadie tenga interés en envenenar el vino, y los vinados se rien de que pueda ocurrírsele á nadie la peregrina idea de envenenar el agua.

Aunque no tiene nada que ver con los envenenamientos, yo no sé por qué extraña asociación de ideas se me viene al pensamiento el asunto de los espectáculos públicos.

¿Será acaso porque estamos acostumbrados, de mucho tiempo acá, á considerar la mayor parte de las obras teatrales como agentes sépticos de la inteligencia ó, cuando menos, como eméticos del buen gusto y antiflogísticos de la literatura? No lo sé, ni quiero perder el tiempo en averiguarlo.

Por de pronto, las obras nuevas que se han puesto en escena desde la inauguración de la temporada han sido escasas y de poca importancia. No pueden servir de punto de partida para aventurar juicios respecto de la nueva campaña artística, máxime atendiendo á que no han entrado aún en juego los teatros de más campanillas, como el Real, el Español, el de Jovellanos y el de la Princesa recientemente construido y que, según todas las apariencias, compartirá este año con el régio coliseo el favor de la sociedad más distinguida de la Corte.

Si no está equivocada mi cuenta, los teatros en ejercicio durante la primera mitad de la temporada, serán los siguientes: Real, Español, Comedia, Jovellanos, Princesa, Lara, Novedades, Alhambra, Martín, Variedades, Price, Eslava y Madrid; total, trece, número de mal agüero para la gente supersticiosa. Aún quedan de repuesto Apolo, Príncipe Alfonso, Recreo, Olózaga y Felipe, que sumados á los anteriores componen la respetable cifra de dieciocho teatros.

Basta considerar este número y compararle con el de los artistas disponibles, así de canto como de declamación, para asegurar que ninguno de los teatros reunirá un cuadro completo de compañía.

Resultado: que los autores que se hallan en situación y con aptitudes para producir obras de alguna valía, se retraerán alegando la falta de buenos intérpretes, y los empresarios pondrán el grito en el cielo, porque los autores no trabajan.

Por el camino que llevan las empresas se va á cualquier parte, á la bancarrota inclusive, pero no á levantar el crédito, harto menguado, de la lírica y de la dramática española.

Y si no, al tiempo...

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



ESTA Crónica no puede ser hoy muy variada, porque la prensa europea no se ocupa en otra cosa que en la cuestión de Oriente, renovada por la sublevación de la Rumelia oriental y su incorporación á la Bulgaria.

Como todavía los sucesos se verifican sin colisiones de ninguna clase, con tal orden y regularidad, que parecen alejar el temor de la guerra, no publicamos el mapa de aquel país, que será interesante si los acontecimientos llegan á provocar un rompimiento; pero de todos modos daremos aquí algunas noticias históricas sobre la Bulgaria, teatro de tan graves y peligrosos sucesos.

Se cree generalmente que la palabra *búlgaro* procede de *Volgari*, con la cual se designaba á los habitantes de una ciudad edificada sobre las márgenes del Volga. A su vez la palabra *Volga* se supone oriunda del sanscrito y queriendo significar *corriente rápida*.

El origen del pueblo búlgaro es bastante oscuro, porque sólo se conoce su historia desde que apareció en las márgenes de dicho río. Créese que procede de una mezcla de tártaros y slavos. Abulfeda señala este pueblo como establecido en el límite septentrional de los países conocidos en su época. En aquel territorio hallanse todavía monumentos y sepulcros con inscripciones en idiomas y caracteres tártaros.

En el movimiento general de los bárbaros, á la caída del Imperio romano, los búlgaros, dejando el país indicado, fueron á ocupar las comarcas de la parte inferior de la Mesia. Allí lucharon frecuentemente con las tropas de los emperadores de Bizancio, y en el año 502, habiendo derrotado el ejército del emperador Anastasio, llegaron hasta los muros de Constantinopla. Sólo á fuerza de dinero consiguió el emperador verles volver á su país.

Reaparecieron bajo el reinado de Justiniano; pero la espada de Belisario los dispersó. Sometidos por breve tiempo al yugo de los ávaros, se hicieron luego independientes y se constituyeron en una monarquía, unas veces aliada y otras hostil á Constantinopla.

Bajo el reinado de Bogoris, en 861, se estableció el cristianismo en la Bulgaria; pero las luchas interiores destruyeron aquel reino, el cual, en 1018, se sometió al emperador griego Basilio.

En 1186 se mezclaron los búlgaros con los slavo-nes, y desde entonces fueron abandonando poco a poco su lengua tártara y adoptando el dialecto slavo que hablaban aquéllos.

Emancipado, al cabo de dos siglos, del Imperio griego, el pueblo búlgaro elevó al trono la dinastía de los Assánidas, cuyo último príncipe Sisman, derrotado en 1389 por Amúrates I, se sometió al poder de los sultanes.

La historia de los últimos tiempos es bien conocida. Alentado por Rusia y por Austria este pueblo, como todos los de la Turquía europea, han procurado sacudir el yugo de la media luna. Inglaterra, por interés comercial, desea conservar la vida del mahometismo en Europa; pero la fuerza de las cosas, que es la fuerza de Dios, va minando los cimientos del Imperio turco, que está llamado á desaparecer en obsequio de la civilización cristiana.

La Rumelia, objeto en estos momentos de la atención del mundo entero, es una comarca fértil, que tiene una superficie de más de 35.000 metros cuadrados, y una población de cerca de un millón de almas, de las cuales más de la mitad son búlgaros, y turcos una novena parte, formando la otra parte griegos, armenios y judíos, entre los cuales dominan los primeros. Constituido el principado de Bulgaria después de la guerra de 1877 por el tratado de San Estéfano, y sancionada su existencia independiente (salvo un tributo anual á la Sublime Puerta, que nunca se ha pagado), era seguro que la Rumelia, dejada al Imperio turco con ciertas restricciones, buscaría la unión con la Bulgaria librándose del yugo turco.

El hecho acaba de ocurrir sin esfuerzo violento. El gobernador turco ha sido preso; la unión con Bulgaria se ha realizado *ipso facto*, y á estas horas no se sabe siquiera si el cuerpo de ejército turco que ocupa á Macedonia se apresta á sostener la dominación musulmana ó si Turquía apelará á las potencias signatarias del tratado de Berlín para que le vuelvan la posesión del territorio sublevado.

A pesar del sinnúmero de telegramas que diariamente publica la prensa europea, lo cierto es que á la hora presente no se sabe si las tropas turcas están ó no están en las fronteras de Rumelia ó en marcha hacia ellas; no se sabe cuál es la importancia de los levantamientos en Macedonia, Epiro, Albania y Creta, ni siquiera si ha habido tales levantamientos. En cuanto á las intenciones de las potencias cada correspondiente les presta las que más le gustan, y para comprender hasta dónde llega la confusión, baste decir que mientras un despacho telegráfico asegura que el nuevo ministerio turco es un ministerio moderado de conciliación que marchará de acuerdo con las potencias europeas, otro expone que el nuevo ministerio es un ministerio belicoso y decidido á sofocar la insurrección de Rumelia por la fuerza de las armas.

Nunca, como tratándose de guerras, puede decirse con rigurosa verdad que lo que sea sonará.

El cólera que, gracias á Dios, va extinguiéndose en España, toma grandes vuelos en Italia, y sobre todo en el reino de Nápoles.

En Palermo, ciudad de poco más de 100.000 habitantes, han ocurrido en veinte días 1127 defunciones. En otras pequeñas poblaciones de Sicilia el estrago es aún mayor, aunque no sea tan aterrador por la menor notoriedad de las víctimas.

Las últimas noticias anuncian que se extiende por el interior de Italia. Afortunadamente el invierno está encima y es de esperar que dure poco la invasión.

Consignamos aquí, por el valor que encierra, la siguiente declaración de un periódico liberal de Bélgica:

«De la Alemania protestante ha partido la iniciativa de la proposición que vuelve á los Pontífices romanos una de sus prerrogativas más gloriosas y de seguridad para la paz de Europa, paz sin cesar comprometida por la ambición que sienten los poderosos de extender sus fronteras y por la impaciencia de los más pequeños de sustraerse á una dominación que puede no ser siempre de las más agradables.»

Como comprenderán nuestros lectores, se refiere al asunto de las Carolinas.

Algún otro periódico de la misma escuela se ha expresado en igual sentido; de modo que este suceso debe figurar en primera línea en el pontificado de León XIII.

En Cochinchina ha ocurrido una horrible catástrofe para la población cristiana.

Se hace ascender á 24.000 el número de los mártires sacrificados por la fiera de los cochinchinos. La Misión de este país constaba de 29 misioneros,

de 17 sacerdotes indígenas, de más de 40 maestros, de 120 estudiantes de latín y teología, de 150 religiosos indígenas y de 44.000 cristianos.

De una carta de un misionero, que publica *Las Misiones Católicas* de Francia, tomamos estos párrafos:

«No me atrevo á entrar en nuevos detalles de esta catástrofe. Diré únicamente, que para encontrar en la historia un desastre análogo al nuestro, es preciso volver la vista á las Vísperas Sicilianas y á los actos del vandalismo de las hordas bárbaras que invadieron las provincias del vasto Imperio romano.

«Jamás se han visto sucederse tantas matanzas é incendios en algunos días en tan vasta escala, en tantos puntos á la vez y con tanta ferocidad y encarnizamiento.»

El *Figaro* de París, al dar cuenta de estos sucesos dice por su parte:

«Todos estos horrores se han consumado á algunos kilómetros de nuestras líneas.

«En dos ocasiones, el general Courcy se ha negado á recibir á los enviados de los misioneros. Á la tercera los recibió para decirles: «¿Qué queréis que haga? No tengo gente disponible.»

Dios mire con misericordia á Europa por la sangre de estos mártires y por la intercesión de sus oraciones en el cielo.

Traducida de un periódico francés, publica otro de Madrid la siguiente noticia:

«El comercio de aguardiente florece en Hamburgo de una manera inusitada, desde que Alemania ha comenzado á colonizar. Este hecho explica el entusiasmo de los hamburgueses por los proyectos coloniales de Bismarck. El puerto de Hamburgo ha enviado desde principios de año al Africa occidental la cantidad inmensa de 350.888 quintales métricos de aguardiente.»

Y añade con oportunidad, y diríamos que con gracia, si la cosa no fuera tan triste, el periódico madrileño: «Esto no es colonizar, esto es alcoholar.»

En efecto, esto es anteponer á la salvación de los hombres, último término de toda civilización verdadera, el interés del comercio de las metrópolis invasoras. Los ingleses fomentan en la India el consumo del opio, y ahora los alemanes llevan al Africa el alcohol; de este modo convertirán estos pueblos en manadas de brutos, más refractarios que en el estado salvaje, á las luces de la verdad cristiana.

x.

CARTA DE ROMA

Roma 29 de Septiembre de 1885.



La mediación del Papa en el conflicto hispano-alemán es sin duda el acontecimiento que mayor transcendencia tiene entre los ocurridos en la última decena.

No necesito encarecer su particular importancia, puesto que escribo para españoles; pero supongo á estos mismos muy deseosos de conocer las impresiones que ha causado en Roma el inesperado suceso. Para satisfacer tal deseo, cúpleme ante todo dar lugar de preferencia á las impresiones que hemos tenido los españoles residentes en esta ciudad, pues nuestro corazón rebosa de júbilo, y al encontrarnos por las calles nos damos mutuamente la enhorabuena. No ocultaré que nuestro amor patrio en los pasados días nos tenía bastante preocupados, pues mientras nos parecía recurso harto peligroso el de la guerra, por otra parte se nos subían los colores á la cara al solo pensar que España, cuna de héroes y antiguo centro de glorioso imperio, pudiera quedar víctima de su debilidad actual. Pero ahora nuestra suerte está en las manos del representante del Señor de la justicia: la imparcialidad y alta sabiduría de León XIII nos inspiran la mayor confianza de que los títulos que sustenta España en defensa de su soberanía en las Carolinas serán pesados en las balanzas de la más escrupulosa justicia: me atrevería casi á decir que el fallo de León XIII, aunque no fuera del todo favorable á España, por la respetabilidad é imparcialidad de su origen, no encontraría á un solo español menos ávido de conformarse con él. No insisto más en estos sentimientos, porque no dudo abundan en ellos cuantos se precian del glorioso nombre de católicos españoles; y paso luego á indicar las impresiones que manifiestan haber tenido los naturales de aquí á consecuencia del importantísimo suceso. Pero, ¡plácima grande! la división de las dos ciudades, que la revolución intenta confundir en esta capital del mundo

católico, se ha puesto de relieve una vez más con motivo de la cuestión del día. Los adictos á la Santa Sede se manifiestan en efecto muy complacidos por el testimonio de particular estima y consideración que se ha dado al Sumo Pontífice por parte de dos grandes naciones, y fijándose particularmente en que una de ellas es protestante y constituye en el día el Imperio más poderoso de Europa, no dejan de reconocer en ello una disposición de la Providencia Divina, que quiere afirmar la superioridad y grandísima fuerza moral de que en beneficio del mundo ha dotado y sigue dotando al Pontificado Romano, precisamente en la hora en que la pérdida del dominio temporal parece envalentonar más á sus adversarios. La contrariedad de éstos no aparece, sin embargo, menos clara: en cuanto llegó el primer rumor de que Alemania iba á someter la cuestión de las Carolinas al arbitraje del Papa, la prensa adicta al Gobierno del Quirinal trató desmentirle y rechazarle *por imposible*; además, el día mismo en que en esa constaba no sólo la conformidad de España con la propuesta del Gobierno alemán, sino también la aceptación de León XIII, los periódicos ministeriales de aquí publicaron un telegrama de Madrid en que se les aseguraba que la noticia de la mediación del Papa era infundada é *imaginaria*. ¡Valientes corresponsales tiene ahí la agencia Stefani! Pero ahora ya no pueden sino morder el polvo, y tratan de quitar al asunto su altísima significación, ó desvirtuarle de tal modo que hasta llegan á pedir á la Santa Sede agradezca al Gobierno italiano el robo del dominio temporal, por ser la pérdida de éste lo que la constituye árbitro posible en las contiendas internacionales. Se me figura los que tal dicen no hayan siquiera saludado ningún curso de lógica; pero comprendese de aquí lo malhumorados que están los fautores del Gobierno italiano, y cuenta que no á todos les consta el espontáneo ofrecimiento que hizo Italia para mediar en la cuestión de las Carolinas; no sólo no se aprovecharon sus buenos oficios, sino que se acudió á los de un Rey cuya soberanía Italia desconoce, y hasta pretendía, hace poco, no la reconocieran las demás naciones con sus embajadas y legaciones cerca del Vaticano. Pero no quiero hablar más que de las impresiones de aquí, y aún fáltame indicar las que parece haber recibido la Corte pontificia. Ésta tiene motivos de altísima prudencia para observar mucha reserva, pero esto no es parte para que no se felicite del expresivo homenaje prestado á Su Santidad, no oculta que la aceptación pontificia encierra un grave compromiso para el mismo Padre Santo, aunque las prendas de sabiduría, de rectitud y de habilidad que acreditan á León XIII como á uno de los Papas más doctos y versados en la diplomacia, hacen confiadamente esperar que su fallo logrará el fin de la mediación que se le ha solicitado, y servirá además para aumentar el prestigio de la Santa Sede en todo el mundo.

Mientras se esperan en el Vaticano los documentos que han de facilitar Alemania y España para el estudio de la cuestión sometida á Su Santidad, éste ya viene ocupándose en preparar lo que á su tiempo ha de activar la resolución del negocio: á este fin ya tiene nombrada una comisión de siete Cardenales que han de coadyuvarle en su nobilísima empresa. No importa fijarse en las condiciones personales de los Purpurados elegidos por el Papa, pues en todos descuella la rectitud é imparcialidad propia de su sagrado carácter; pero para precaver especies necias ó calumniosas, bueno será advertir que Su Santidad va á estudiar el asunto también por sí mismo, y que directamente de Él ha de salir la resolución definitiva, pudiendo suceder que no se conforme con el dictamen de la comisión cardenalicia, como á veces ocurre en el gobierno de la Iglesia respecto á las decisiones de las Sagradas Congregaciones.

J. M.

LOS GRABADOS

RVDMO. SR. Y DR. WALSH

Nuevo Arzobispo de Dublin.

La muerte del ilustre y venerable Mons. Mac-Cabe, Arzobispo de Dublin, ocurrida hace pocos meses, fué considerada como un suceso gravísimo por las dificultades de la nueva elección. Sabida es la situación de Irlanda, oprimida por el férreo yugo del Gobierno de Londres y anhelando sacudirlo para conseguir, con la independencia nacional, la libertad de la Iglesia católica. Pero la revolución trata de explotar en su provecho los sentimientos nobles y las aspiraciones legítimas del pueblo irlandés, y de aquí la complicación de los sucesos y la dificultad de cohesionar las tendencias de los distintos partidos que agitan y desgarran á la infortunada isla de los Santos.

Nadie mejor que León XIII comprendió la gravedad de la elección, y con la prudencia y tino que le distinguen convocó á Roma á los Obispos irlandeses, y por unánime acuerdo de todos preconizó Arzobispo de Dublin al doctor Walsh, verdadera lumbrera de la Iglesia católica en Inglaterra. El Dr. Walsh es el hombre que se necesita, lo cual prueba la admirable fecundidad de la Iglesia, que siempre cuenta con hombres y recursos para hacer frente á las necesidades de los pueblos cristianos.

Añadamos aquí algunas palabras acerca de este ilustre Prelado, llamado á intervenir eficazmente en uno de los más graves conflictos que pesan sobre la Gran Bretaña. Hijo de una familia católica, y movido por vocación irresistible, anunció desde muy joven su propósito de dedicarse á la carrera eclesiástica.

Desde que empezó á estudiar en el Seminario, ya era objeto de las conversaciones de sus profesores y de la admiración de cuantos le conocían.

Apenas concluidos sus estudios, fué nombrado profesor de Teología en Dumboyne; se distinguió tanto en su enseñanza, así como en la de Filosofía, Historia sagrada y eclesiástica, que su principal competidor, el actual Obispo de Garry, fué su mejor amigo. Pero no se redujo sólo su atención al cuidado del colegio y de las clases, pues aunque fué nombrado vicepresidente y presidente del establecimiento, distinción con que últimamente fué agraciado con el aplauso de toda la jerarquía irlandesa, el Dr. Walsh trabajó constantemente para la mejora de los arrendatarios irlandeses. Esto fué lo que le atrajo las simpatías de sus súbditos.

Cuando se presentó en su ciudad natal fueron inmensas las demostraciones de entusiasmo; todos á porfía se presentaban á demostrarle el respeto y veneración que por él sentían.

También trabajó constantemente por afirmar los derechos de los católicos y difundir el estudio de la Filosofía de Santo Tomás, según el consejo de nuestro Santísimo Padre León XIII. El Dr. Walsh ha publicado varias obras sobre Historia sagrada, Liturgia y Música. Mucho le deben sus compatriotas por la parte que tomó en la reforma de la enseñanza en las universidades irlandesas.

Desengañado de que los males que aquejan á su desgraciada patria no pueden remediarse mientras las leyes que rijan en Irlanda no sean hechas por irlandeses, se lo manifestó así al Papa en su último viaje al Vaticano.

Su entrada en su diócesis ha sido un triunfo: el Lord mayor, con todas las comisiones, salieron á recibirle, y después de un corto y sentido discurso en que ofrecía trabajar con más ardor que nunca para mejorar la situación de Irlanda, en medio de frenéticos vivas y de prolongados aplausos fué conducido en procesión á su palacio entre las aclamaciones y el entusiasmo del pueblo, que era tan grande que rayaba en delirio. Los que presenciaban el recibimiento, colocados en dos filas, se descubrían respetuosamente para recibir la bendición de su Prelado, y el nacional himno *Goa save Ireland* (Dios salve á Irlanda) hendía los aires y resonaba por todas partes.

Al día siguiente fué al colegio de Maynooth, donde los profesores y los estudiantes le recibieron con el honor debido á sus méritos. El lunes tuvo lugar la ceremonia de tomar posesión de la catedral; el edificio estaba colgado y adornado con exquisito gusto. El clero de la catedral, con muchos individuos de la misma corporación venidos expresamente de todos los puntos de la isla, estaban reunidos; también aguardaban el Lord mayor y muchos notables irlandeses. El interior de la iglesia respondía al exterior en la elegancia y en la magnificencia.

Se cantó un solemne *Te Deum*, compuesto expresamente para este acto por Mr. B. Rogers, que gustó mucho á los concurrentes. Después visitó el Seminario eclesiástico de Clonliffe, quedando satisfecho de la dirección y de los adelantos de los seminaristas.

El martes celebró una solemne Misa pontifical, asistido por el Capítulo diocesano y con la asistencia del Lord mayor y de los oficiales de la corporación. El sermón, elocuente, versó sobre la sumisión al Pontífice, pudiendo reducirse á estas palabras, pronunciadas desde aquella cátedra: *Dios habla por medio de León XIII.*

SAN GERVASIO Y SAN PROTASIO SON CONducIDOS AL MARTIRIO.

Hace cinco años que se insertó en nuestra Revista este grabado; pero por informes inexactos de nuestro corresponsal en París le dimos un título general (*Los Mártires conducidos al circo*), siendo así que representa los mártires San Gervasio y San Protasio, muertos en Milán en los primeros siglos del cristianismo, sin que se pueda precisar el año. Por esto, y porque el grabado en aquella sazón salió mal impreso, lo reproducimos ahora, lo que servirá al mismo tiempo de satisfacción para los nuevos suscriptores.

La vida y martirio de estos bienaventurados mártires y hermanos gemelos se ha de sacar de una carta que escribió á todos los Obispos de Italia San Ambrosio, Arzobispo de Milán, dándoles cuenta de la merced que Dios nuestro Señor le había hecho en descubrir los cuerpos de estos mártires. "Dentro del sepulcro donde fueron hallados, refiere San Ambrosio, se encontró un escrito que contenía en resumen el principio y fin de su vida. Por este documento se sabe que nacieron de padres ricos (que también sufrieron martirio), y habiendo repartido su fortuna entre los pobres, se consagraron á Dios, permaneciendo diez años encerrados en un aposento, y el undécimo alcanzaron la corona del martirio." San Agustín, que presenció el hallazgo de los cuerpos de estos mártires, habla de ellos y del suceso en su *Ciudad de Dios*.

El cuadro de Mr. Dupain obtuvo hace seis años uno de los primeros premios en la Exposición de París, demostrando que la pintura religiosa será siempre manantial de ins-

piración para los verdaderos artistas y gloria del arte, que debe á la Iglesia sus mayores triunfos.

UNA FORTIFICACIÓN EN LOS BALKANES.

Los Balkanes son la larga cordillera que los antiguos llamaron *Hemus*, que corre de O. á E. desde el Mar Negro hasta los Alpes en una extensión de 650 kilómetros. Es el baluarte que defiende el Imperio turco de los ataques de Europa y por eso ha sido objeto de tantas ambiciones. En el estado actual de las cosas tiene un interés inmenso, porque en ella descansa la Rumelia sublevada. Nuestro grabado representa una fortaleza en el paso de Plewna.

JEFE INSURRECTO DE LA RUMELIA.

En la Crónica Universal verán nuestros lectores lo que hasta hoy se sabe de la insurrección de la Rumelia oriental, que trata de sacudir el yugo de la Media Luna. La insurrección se lleva á cabo por la población cristiana, que es la más numerosa en el país; pero desgraciadamente esta población es cismática y no reconoce más autoridad espiritual que la del emperador de Rusia. Sin embargo, como sucede á todos los cismáticos griegos, son devotísimos de la Virgen Nuestra Señora, cuya imagen figura en sus banderas como símbolo de la patria.

El tipo de insurrecto que aparece en nuestro grabado está tomado del natural y representa muy al vivo la fisonomía de esta raza belicosa, llamada á figurar en primera línea en el largo y sangriento drama de la guerra de Oriente.

Muy semejante al tipo rumelista es el de los demás países que riegan el Volga y el Danubio, porque todos tienen el mismo origen, la misma historia, y aspiran á la misma suerte.

Si los sucesos continúan, iremos reproduciendo en nuestra Revista las escenas de este drama, cuyo desenlace definitivo ha de cambiar la faz de Europa.

EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE BULGARIA.

El príncipe Alejandro de Bulgaria, que acaba de asumir la responsabilidad de la revolución llevada á cabo en la Rumelia oriental, nació en 1857, de modo que frisa con los 28 años. Tomó parte en la última guerra de Oriente, en calidad de ayudante de campo de su tío el emperador de Rusia, Alejandro II, y fué llamado al trono de Bulgaria, después de esta guerra, por sufragio de la Asamblea Constituyente de Tirnova, y conforme á lo dispuesto en el tratado de Berlín, donde se modificó el de San Esteban.

Después de la derrota definitiva de los turcos en Plewna, en 1878, este último tratado que los vencedores impusieron directamente á los vencidos, había declarado la independencia absoluta de la Bulgaria y de la Rumelia; pero el Congreso de Berlín, en 1879, sólo reconoció la independencia de la Bulgaria, limitando las ventajas estipuladas en favor de la Rumelia. Según este tratado, la Rumelia estaba dividida en dos partes: la una, simplemente turca; la otra, llamada Rumelia oriental, aunque considerada como provincia turca, era administrada por un gobernador general cristiano, nombrado por el Sultán por cinco años, y reconocido por las potencias. El gobernador puede escoger su lugarteniente entre los rumelistas de fe musulmana. El gobernador es asistido por un Consejo de Estado, compuesto de ministros de los principales ramos de la Administración, como Agricultura, Comunicaciones, Trabajos públicos y Justicia. Estos funcionarios son nombrados por el Sultán. El país se halla representado por un Consejo general compuesto de diputados nombrados por los habitantes y otro número igual escogido por el gobernador. La Rumelia oriental, es, pues, autónoma, su régimen político es constitucional.

El Congreso de Berlín no concedió á la Rumelia oriental el derecho de levantar un ejército, sino de sostener una milicia compuesta de doce batallones de infantería, un escuadrón de caballería, una media batería de artillería y una compañía de ingenieros. El servicio militar es obligatorio para todos los rumelistas; pero el Gobierno y el consejo no pueden llamar á las armas más de 4.000 hombres cada año. Si la Rumelia movilizase la totalidad de sus clases, su ejército se elevaría á 45 ó 50.000 hombres. Llamando á las armas á todos los hombres útiles podría llegar al doble.

La milicia no tiene bandera, porque el Sultán no ha consentido jamás en dar á su provincia una bandera nacional: en cuanto á la artillería es completamente inofensiva, porque el ministro de la Guerra de Constantinopla no ha querido nunca enviarle municiones.

Tal es la provincia que acaba de reclamar su independencia, sacudiendo el yugo de Turquía y poniéndose bajo la autoridad del príncipe Alejandro, feudatario de Rusia.

EXCURSIÓN Á LA SIERRA DEL ALTO-REY

V



As cuatro de la tarde serían en efecto, cuando después de penosa subida, que el entusiasmo juvenil suavizaba, llegamos á la derruida fortaleza. El panorama que desde su altura se descubre es magnífico y verdaderamente poético. Por el SE. se descubren los fértiles campos de Riosalido, La Olmeda y Sigüenza, en una extensión de más de cuatro leguas. Por

el lado del Poniente la extensa vega de Tordelloso, Cañamares, Albendiego, Hijes y Miedes; por el N. la gigantesca cordillera de Pela y en diversas direcciones cerros más ó menos elevados, coronados de castillos, como otros tantos baluartes de defensa sometidos al sistema general de castrametación de esa parte del territorio castellano.

Porque no vaya á creerse que era este castillo de Atienza una fortificación aislada destinada exclusivamente á la defensa de la villa sobre que se levantaba; este castillo, como todos los de igual clase erigidos en nuestra patria, obedecían á un plan perfectamente combinado de defensa, y de tal suerte estaban dispuestos que podían mutuamente socorrerse y formar una inquebrantable cadena de resistencia, que al propio tiempo que servía de apoyo para las operaciones militares, daba seguridad y reposo al territorio reconquistado. Eslabón principal de esta fuerte cadena de una parte de Castilla la Nueva era, como digo, el castillo de Atienza.

Dedúcese de este hecho, que una ligera observación puede comprobar, una diferencia esencialísima entre los castillos que coronaban las cumbres de nuestras montañas y los que el territorio de otras naciones ostentaban todavía. Eran por lo regular estos últimos soberbias fortalezas feudales donde la indomable rudeza de los señores se atrincheraba, para desde allí ejercer un dominio despótico sobre sus siervos y vasallos; los castillos de España eran en su mayor parte fortalezas con que el brazo de nuestro pueblo se robustecía, para romper el férreo yugo de la dominación agarena y rescatar la libertad y la independencia de la patria: baluartes en otros países del despotismo, son las fortalezas en España baluartes de la libertad.

No es esto decir que en España no sirviesen los castillos alguna vez para atrincherarse en ellos los levantiscos señores y desafiar desde sus almenas el poder de los reyes; pero aparte de que la excepción no destruye la regla general, este destino de las fortalezas españolas comenzó cuando el espíritu cristiano de la reconquista iba decayendo y fué casualmente la causa de su ruina prematura en los días de los Reyes Católicos, que ordenaron su demolición.

Pero volvamos la vista al castillo de Atienza cuyo aspecto solemne y monumental, bañado en el ambiente de idealidad y misterio que circunda las páginas de piedra de esta marcial arquitectura, impresiona fuertemente la imaginación y abre á sus rápidas alas vastos horizontes iluminados por la gloria y el heroísmo de nuestros mayores.

Nada menos que tres recintos de murallas defendían la inhiesta fortaleza, todos de construcción robusta, aunque de diversas épocas. Y aunque es muy cierto que este género de monumentos ofrecen en su disposición, en sus baluartes y atrinchamientos la patente de su abolengo, más clara y más precisa que en las páginas de un historiador, no lo es menos que en el estado de completa ruina en que hoy se hallan, los muros destruidos, las bóvedas desplomadas, las piedras obstruyendo los pórticos, la hierba tapizando los desmantelados almenares y las solitarias explanadas, se hace muy difícil descifrar esos vastos jeroglíficos de piedra y adivinar el misterio de su origen y filiación. No sé por lo tanto si pecaré de atrevido al afirmar que el castillo de Atienza comenzó á existir en la primera mitad del siglo XIII, si bien modificado en los siguientes siglos por las reparaciones que harían necesarias los duros estragos de la guerra. Fundo mi opinión en los escasos restos de construcción que subsisten caracterizando el tipo arquitectónico de esa época, en que el estilo gótico lucha con el sajón y revela las innovaciones introducidas en la arquitectura militar por los primeros cruzados, que trajeron del Asia importantes descubrimientos. El corte de las arcadas; el tipo de los muros, la disposición de los adarves y troneras, todo está declarando su abolengo. Y como si los vestigios de su antigüedad que aun hoy se contemplan no fuesen bastantes á revelar su origen, una noticia reciente viene á mi juicio á confirmarlo. Dos años ha que vino al suelo un torreón cuadrado que debajo de la torre del SE. se levantaba y en el cual subsistían perfectamente caladas las simbólicas ladroneras de los ballesteros, formando una cruz rasgada sobre la mira circular. Este género de ladroneras caracteriza tan fielmente el tiempo de las cruzadas, que no sería aventurado suponer que los caballeros templarios ó hospitalarios tuvieron grande intervención en la construcción de esta fortaleza.

La traza es cuadrilonga y mide una superficie de 300 pies de N. á S. y sobre 50 de E. á O. Flan-

¹ Debo esta curiosa noticia al distinguido abogado de la villa D. Ceferino Garcés y Lozano, quien con tanta amabilidad como modestia me la ha proporcionado.

queaban sus frentes de N. á S. formidables torres cuadradas, dominando la gigantesca del Homenaje que aun conserva en uno de sus ángulos el airoso baluarte circular coronado por un antepecho desde el cual se domina inmenso panorama.

Tres recintos de murallas se descubren, como he dicho por debajo del castillo; la primera, de débil resistencia, ya no existe; por ella se salía á la plaza de armas, que hacían inaccesible su posición escarpada y sus murallas con torreones circulares: la segunda, de 3 varas de espesor á 1.354 pasos de longitud, tenía tres puertas guarnecidas de fuertes torreones; principiaba al E. de la plaza de armas, y atravesando la villa en forma de semicírculo, venía á enlazarse con el castillo por el O.: la tercera muralla, flanqueada por 15 torreones, marchaba de N. á S., también en forma de semicírculo, y la daban comunicación con el campo dos puertas principales, la de *Antequera* y la *Salida* ó la *Salada*, como se llamó antiguamente.

VI

Pero remontémonos otra vez al castillo, recitando los conocidos versos de la canción á Itálica:

..... Por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente.
De su invencible gente
sólo quedan memorias funerales,
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
este llano fué plaza, aquel fué templo:
de todo apenas quedan las señales:
.....
Las torres que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron.

Ya llegamos por fin, y para descansar de la agria pendiente nos sentamos al pie de la elevada torre del Homenaje, que hoy sólo lo recibe de la soledad y el olvido. ¡Qué lugar más á propósito para profundas meditaciones!

La villa tendida á mis pies como una alfombra de ruinas; el sol próximo á su ocaso, brillando rojizo como la boca de un horno entre los densos vapores que flotaban sobre los montes; el viento de la tarde gimiendo en los desmoronados baluartes, y las golondrinas que allí tienen sus nidos lanzando gritos agudos al pasar por encima de mi cabeza. La imaginación entonces ligera y diáfana se mecía en aquella atmósfera de poesía y de idealidad, transportándome á otros días de más ricas ideas para la mente y de más nobles sentimientos para el corazón. Ante mis ojos iban pasando, como los cuadros sucesivos y rápidos de una comedia de magia, todos los hechos de que fueron teatro aquellos

Campos de soledad, mustio collado.

Primero los indomables tythios, que en unión con los arevacos y pelendones combatían contra Roma, resistiendo con infatigable denuedo á los soldados de Pompeyo, que sólo después de muerto Sertorio y derrotado Perpena lograba penetrar en esta población de la Celtiberia. Luego, por un cambio completo de decoración, se ofrecía á mis ojos cubierta la colina y sus extensas vegas de brillantes medias lunas, bajo las cuales, como torrente desbordado, corrían los fanáticos sectarios de Mahoma, ansiosos de extirpar la cruz de Cristo, y ensanchar por Europa los extensos límites de su imperio. De lo alto de la sierra, y como piedra arrojada desde la cumbre, veía descender de pronto á Alfonso III y rescatar de los moros la plaza, que volvía á sucumbir al furor de Almanzor, que la destruía casi por completo. Poco á poco se levantaba la villa de sus cenizas para recibir la libertad en 1012 del conde Sancho García, si bien por dura prueba de la suerte inconstante volvía á caer en poder de los moros, que con gran ardimiento se disponían á sostenerla. Pero en vano; que ya asoman por las estrechas gargantas de la sierra las invencibles huestes del Cid, que arrollan con la indomable pujanza de sus armas á los defensores de la villa, cuyo rey, con los de Sigüenza, Guadalajara, Talavera y Madrid, formaron el botín de Ruiz Díaz en esta memorable campaña, de que la tradición guarda memoria y la poesía épicas relaciones.

¿Dónde se dirige esa misteriosa cabalgata que á deshora de la noche sale por la puerta de Antequera y se interna en las gargantas de la sierra con paso rápido, como si quisiera escapar de las asechanzas de un enemigo implacable? Son los recuerdos de la villa, que secundando el celo de los Laras han acogido en su recinto al rey niño D. Alfonso VIII, y para librarle de las asechanzas de su tío D. Fernando, el rey de León, le conducen á Avila por caminos desusados, logrando de este modo

acreditar su intrepidez incomparable y su lealtad acrisolada.

Un cambio de escena me conducía luego á presenciar las dolorosas luchas de Don Pedro de Castilla y su hermano Don Enrique, luchas de que participó Atienza al ser ofrecida al odioso Duguesclín por ambos contendientes en los campos de Montiel, por precio de rescate de parte de Don Pedro y por premio de menguados servicios de parte del fratricida. El aventurero la recibió en el último concepto; pero más inclinado á la ruin ganancia que á la ostentosa vanagloria, vendióla al donador en 260.000 doblas, volviendo á la corona de Castilla, de este modo convertida en tienda de traficantes. Tras de corto paréntesis la decoración cambiaba para representarme el sitio que en 1446 le pusiera Don Juan II, ó más bien su célebre privado D. Alvaro de Luna, para arrancársela al rey de Navarra, que más atento á dominar en Castilla que á gobernar en su reino, fué el foco principal de las revueltas que ensangrentaron, con provecho de la morisma, los reinos cristianos durante la primera mitad del siglo xv.

Tal vez desde el mismo sitio que yo ocupaba contemplase Rodrigo de Robledo, el caballeroso y bravo defensor de la plaza, las intrépidas huestes sitiadoras que, dirigidas por el valor y pericia del Condestable, invadieron el 28 de Julio de 1446 el arrabal de la villa, llevando D. Alvaro su arrojo hasta el extremo de acometer él solo contra la puerta principal de aquella y sellar allí con su sangre el testimonio de fidelidad del débil Don Juan II, que más tarde había de hacerle espirar en un cadalso los defectos de una vejez combatida por los émulos de su gloria y de su poder.

¡Qué contraste tan notable el espectáculo que aquellos campos y murallas presentarían en Julio de 1446, y el que en Julio también, 428 años más tarde, ofrecían á mis ojos!

Al rumor de los atambores, al clamor de las trompetas, al canto de los mesnaderos, á los gritos de los farantes, al estruendo del combate y á la agitación de la vida guerrera, ha sucedido el silencio sepulcral de las ruinas, que sólo interrumpe la caída de los vistosos sillares que, desprendidos de los muros, ruedan por los hacinados escombros dejando tras de sí un eco sordo y pavoroso que se extingue lentamente bajo las despedazadas bóvedas del castillo. ¡Así cambian los tiempos! ¡Así se mudan los pueblos! ¡Así sucede á la juventud alegre y bulliciosa del hombre la vejez callada y melancólica!

El teatro histórico de Atienza representaba, por último, á mis ojos, tras de escenas de escaso interés, la invasión francesa de principios del siglo actual, invasión cuyas huellas se descubren aún grabadas sobre los archivos de la villa incendiados, y sobre los templos saqueados por la vil soldadesca.

Al llegar á este punto, el dilatado horizonte se iba oscureciendo, mientras la brisa de la noche refrescaba mi frente enardecida por el calor de los recuerdos, y veía entonces levantarse de entre las ruinas imponentes y medrosas de la fortaleza, envueltos de blancos sudarios, los caballeros que allí habitaron en otro tiempo, como D. Pedro de Navarra, D. Antonio de Peralta y D. Pedro Enriquez de la Caoria, al obispo de Badajoz D. Alonso Manrique y á otros ilustres personajes que venían á llorar sus infortunios entre los melancólicos restos de sus duras prisiones, repitiendo con acento lúgubre el *¡Pulvis ut umbra sumus...*! ¡Pensamiento profundo que jamás debieran olvidar los hombres, y especialmente los que rigen los destinos de las naciones! Y la noche entretanto avanzaba con su cortejo de fantasmas aterradoras, fantasmas gigantes que descendían de los montes para cubrir con negros paños el vasto sepulcro de tantas grandezas. Y en medio de la oscuridad, dominado por el encanto que tienen para mí la soledad y el silencio de las ruinas, forjaba en mi mente historias imposibles, evocaba los genios de otras edades para que las embelleciesen con sus creaciones sublimes, presentía para mi patria días de gloria como los que pasaron y adoraba á Dios en la grandeza de su poder y los designios de su Providencia, porque sólo Él convierte en ruinas la grandeza de un pueblo para castigar sus pecados, y sólo Él levanta estas ruinas y restaura la grandeza de este pueblo caído para premiar su arrepentimiento.

Cuando en estas meditaciones me hallaba sumido, la luna aparecía en el horizonte, grande y redonda como el escudo de un gigante, y sus rayos melancólicos bañaron en una luz dulce y suave el pano-

1 En memoria de este hecho conservase aun la hermandad denominada de los *Recueros*, que con alegre romería celebra todos los años la famosa cabalgata en una de las ermitas extramuros de la villa.

rama de las ruinas. Pero al contemplar la luna que se levantaba sobre los cerros de mi ciudad natal, vinieron á mi mente los tiernos recuerdos de mi infancia, las tardes apacibles de invierno en que desde aquellos sitios contemplaba lleno de extraña curiosidad el castillo de Atienza, sobre el cual creía descubrir aún el pendon concejil de la villa que ondeó victorioso sobre las Navas de Tolosa. Y confusa la mente entre el torbellino de recuerdos que la asaltaban y hondamente agitado el corazón por los diversos sentimientos, que estos recuerdos le producían, dejé aquellas imponentes ruinas para atravesar á la luz de la luna las vegas de Tordelloso y Cañamares, y pernoctar en Albandiego sobre una saca de paja, que no hallamos más cómodo alojamiento en ese pueblo, que pasa por uno de los mejores de la sierra del Alto-Rey.

Y al llegar á este punto, creo conveniente dar descanso á la pluma, que harto es lo dicho para que también lo necesite la atención de los lectores.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

(Se continuará.)

LA VENGANZA DE UN FRAILE

I

No hace todavía dos meses que en el pequeño pueblo de Castralejo, y cuando ya entraba la noche y las personas formales empezaban á recogerse, hallábanse al rededor de una mesa del café-casino-taberna, que allí, como en todas partes, han fundado los viciosos, los holgazanes, los ricos que se cuidan poco de su hacienda y los jovencuelos que van á estudiar mucha ciencia moderna á la Universidad de la capital inmediata, hasta media docena de individuos, propietarios unos, estudiantes otros y los demás menestrales de esos que se leen todos los días su periódico correspondiente y todos los días se toman una corajina horrorosa contra el pícaro Gobierno (sea el que quiera), contra la infame burguesía y contra la sociedad en general, que según ellos, parece organizada para proteger á los bribones y dejar sin pellejo á los desheredados.

Algunas copejas de aguardiente que para hacer boca se habían sorbido los contertulios, les daban una locuacidad extraordinaria y una espontaneidad y franqueza tan grandes que sin miramiento alguno, propietarios, estudiantes y menestrales desembuchaban cuanto tenían en el cuerpo, importándoles un ardite de que cada palabra pudiera ser una ofensa ó una calumnia á las personas más respetables del pueblo.

Excusado es decir que una de las víctimas preferentes era el cura de la parroquia, porque ya se sabe que en juntándose cuatro ó seis *sabios* de los que no oyen misa, la emprenden valerosamente contra Dios, contra los santos y contra los curas, como causa y origen de todas las desgracias que afligen á la humanidad.

El cólera hacía á la sazón estragos en varias provincias de España; pero los del pueblo de Castralejo le consideraba á mucha distancia, y por eso se permitían bravear, fanfarronear y blasfemar como los mismos condenados del infierno.

El cura, al decir de aquellos mozos *crusos*, era un tunante y un hipócrita de marca mayor.

— Como todos, hombres, como todos — gritaba un estudiantillo que se había echado al colete tres copas seguidas de *triple anís* y mascullaba un fementido coracero de diez céntimos. — En siendo curas, no hay más que hablar. — ¡Rematados de malos! Y yo digo como el otro: hay que ahorcar al último rey con las tripas del último cura.

— Lo que más rabia me da — saltó el herrero del pueblo, que era muy caliente de cascos y estaba siempre hablando de la *liquidación social*: — lo que más rabia me da es que anden ahora los periódicos diciendo que si los curas se portan así ó asao ó talcualajamente en los pueblos donde aprieta el microbio. ¡Mira qué milagro! ¡Pues por la cuenta que les tiene! Comen y beben bien, lo cual que le viene al cuerpo de perilla para librarse de enfermedades, y luego hacen su agosto en la cabecera de los que se mueren. ¡Valientes testamentos embarullarán ahora los cuervos esos!

— Mucho que sí — añadió un contribuyente que tenía ya empeñada la mitad de su hacienda por tirar de la oreja á Jorje. — Y porque los cuervos van siempre donde hay carne muerta. Si no, ¿de qué habrían de comer cuando les barran la pesebrera, como hace años? ¿Y con qué habrían de levantar esos conventos y colegios que cuestan tantos millones? ¡Di que ellos son gente reglamentada, y que tienen que



SAN GERVASIO Y SAN PROTASIO SON CONDUCTIDOS AL MARTIRIO.

(Cuadro de Dupain.)

hacer de tripas corazón en ciertos casos para cumplir con las órdenes que reciben y sacar las entretelas á las víctimas de la epidemia: que si no fuera por eso, ¿qué habían ellos de exponer el pellejo asistiendo al prójimo?

Y así seguían esplotando por aquellas bocas, cada vez con más aire á medida que iban quedando más botellas vacías, hasta que una voz cascada, pero varonil y enérgica, gritó desde la puerta de la habitación:

— ¡Animales!

Volviéronse todos como si los hubieran llamado por su propio nombre, y algunos de ellos echaron

mano á las botellas para estamparlas en la cabeza del atrevido. Pero el atrevido, penetrando resueltamente en la habitación, repitió la lisonja con más vigor y más enérgica que antes:

— ¡Animales!

Los que habían cogido las botellas con intenciones hostiles las dejaron otra vez sobre la mesa, y los demás se echaron á reír exclamando á una:

— ¡Si es el *Paesanto*!

— Siéntese aquí — añadió el contribuyente *empeñado*, y eche una copeja á la salud de los microbios.

El titulado *Paesanto*, que era un viejo de setenta y cinco años, á quien todo el pueblo respetaba y

quería, aun los blasfemos y desalmados que pasaban la vida en el casino, contestó:

— Por tercera vez os digo que sois muy animales, y que estáis echando venablos por esas bocas del infierno sin ningún respeto divino ni humano. ¿Me habéis entendido?

— Sí, *Paesanto*, sí — repuso el herrero. — Usted puede decir lo que quiera sin que nadie se meta con usted, porque ya sabemos que si hay hombres buenos en el mundo, el *Paesanto* es de los primeros.

— Pues porque puedo decir lo que quiera os digo — y van cuatro — que sois unos grandísimos animales. ¿Me habéis entendido? y que Dios os libre de

que vengan aquí los microbios, que me parece á mí que muchos redentores habían de tragarse las bravatas que echan ahora, y que el cura del pueblo tendría ocasión de vengarse de vosotros; ¿me habéis entendido?

— ¡Calla, hombre! — exclamó el estudiantillo que quería ahorcar al último rey con las tripas del último cura. — ¿Y cómo se había de vengar el bueno del presbítero, cobrando dobles honorarios por nuestro entierro?

— ¡Mocoso! — dijo el *Paesanto*. — Se vengaría como se vengó el párroco tras-anterior, que había sido fraile; y para que sepáis distinguir de colores, os voy á contar la historia de su venganza; ¿me habéis entendido?

— Venga esa historia, *Paesanto*, — exclamaron todos — y haciéndole sitio en la cabecera de la mesa sentóse el buen viejo, y refirió de esta manera la *venganza de un fraile*.

II

En ese caserón que está á la salida del pueblo vivía el año 30 un hombre que tenía tan malas entrañas como vosotros. Se llamaba Guillén y era casado, con dos hijos, y ni él, ni su mujer, ni sus hijos ponían jamás los pies en la iglesia. Buena familia ¿eh? De vuestra casta. Sólo que entonces no había en el pueblo más judío que él, y ahora sois muchos... ¡muchos...! ¡Animales! El tal Guillén se ganaba la vida estrechamente comprando grano en comisión para los acaparadores de otras provincias, y con este motivo solía ir de vez en cuando al convento de San Jerónimo, que ya no es más que escombros, y que como sabéis, está á media legua escasa de aquí. El convento cogía mucho trigo, y lo vendía muy barato, cuando le sobraba, siendo el encargado de esta operación el P. Martín, fraile de mucha conciencia á quien los pobres de la comarca querían como á su padre, por el mucho bien que les hacía ¿me habéis entendido?

Pues señor: el P. Martín supo que Guillén compraba el trigo para negociar, y un día le dijo que excusaba molestarse en ir al convento con semejante comisión; que ellos vendían el trigo barato para los consumidores, pero no para los negociantes, y, sobre todo, que mientras hubiera pobres, mejor estaba el trigo en los graneros por si venía una mala cosecha, que en manos de acaparadores. Guillén bajó las orejas, pero de dientes para adentro debió echar más pestes contra el convento y contra el P. Martín, que gotas de aguardiente os habéis bebido vosotros esta noche.

Pues señor: Guillén no pareció más por el convento, como es de suponer; pero pasaron los años, y vinieron los del 34 y 35 con la guerra, el cólera, los incendios de los conventos y la degollina de los frailes. ¡Buenos años!

En cuanto supo Guillén que se había armado la gorda contra conventos y frailes, dijo para su capote: ¡Esta es la mía! Y calentando los cascos á unos cuantos animales como vosotros que andaban desperdigados por los pueblos inmediatos, se puso á la cabeza de ellos, y armados todos con escopetas, trabucos, pistolas y puñales, se fueron derechos al convento de San Jerónimo... Yo era jovenzano, como el estudiantillo este, pero de mejor caridad que él, aunque me esté mal el decirlo; pero os digo que aunque viviera tanto como Matusalén no se me olvidará jamás lo que vi aquella noche tremenda... ¡jamás! Era el oscurecer cuando salieron aquellos bribones de la madriguera de Guillén y tomaron el camino de San Jerónimo. Yo los seguí á cierta distancia para ver qué especie de animalada se les había ocurrido. Guillén iba á caballo, y llevaba en la grupa unas alforjas muy grandes y dos ó tres sacos. Los demás á pie, y yo á tiro de bala sin perderlos de vista.



UNA FORTIFICACIÓN EN LOS BALKANES.

Ya había cerrado la noche cuando llegaron á la puerta del convento, y entre vociferaciones, amenazas y gruñidos que más parecían de fieras que de personas humanas, trataron de echar la puerta abajo con las culatas de los trabucos y con las piedras más grandes que hallaban á mano.

Salió al postigo el hermano portero, y les preguntó qué querían á aquellas horas y con aquellos modales.

— Cortaros á todos el pescuezo, holgazanes — contestó Guillén en nombre de la cuadrilla.

— Eso, eso — gritaron los demás — vomitando veneno por aquellas bocas descomunales.

El hermano portero se retiró todo espantado del postigo, y lejos de abrir atrancó de nuevo la puerta, que era de roble y de seis dedos de grueso, y á los pocos minutos, mientras la cuadrilla de Guillén se-

guía golpeando y vociferando, la campana del convento comenzó á tocar á rebato.

— ¡Ah pillos! — dijo Guillén. — Piden socorro ¿eh? Pues venga leña, y prended fuego á la puerta, y que arda toda la jaula con los pájaros dentro, si es preciso.

— ¡Fuego en ellos! — gruñó la cuadrilla. Y amontonando ramas secas, las prendieron fuego, y al poco rato la noche se aclaró con las llamas que salían de la puerta.

Ya la entrada era fácil, y excitados aquellos bárbaros por el resplandor del incendio, por el tañido de las campanas y más que todo por los tragos que habían echado en el camino para tomar coraje, penetraron en los claustros del convento, mientras yo me acercaba á las tapias de la huerta para estar á la mira de lo que pasaba.

Las ventanas se fueron abriendo una tras otra, y por ellas se veía cruzar gentes que corrían, llevando algunas de ellas ramas encendidas en la mano que daban á aquello mayor semejanza con el infierno.

Se oían gritos, gemidos, blasfemias, cánticos tristes en el coro, ruido de muebles que caían hechos pedazos, golpes secos de martillo... ¡qué sé yo! Sólo os diré que yo tenía la carne de gallina, y que todo me parecía un sueño... el sueño más atroz de mi vida, muchachos: ¡por estas os lo juro!

A todo esto el incendio había cundido por todas partes, y yo me mordía los puños de rabia porque no podía hacer nada en favor de los infelices que morían tal vez achicharrados ó asesinados por los puñales de la infame cuadrilla de Guillén.

Me fui acercando, sin embargo, escurriéndome á lo largo de las paredes, cuando vi, casi encima de mi cabeza, un bulto que salía por una ventana, y una voz, la de Guillén, que decía:

— Ahora, granuja, ahora me las vas á pagar. Y al mismo tiempo, el bulto se meneó por el aire, viniendo á caer tan cerca de mí, que tuve que poner las manos para desviarlo de mi cabeza.

Un quejido, que me llegó á las mismas entrañas, me hizo comprender que el bulto era un hombre á quien Guillén había arrojado por la ventana.

Me acerqué, y al resplandor, cada vez más fuerte, del incendio, conocí que era el P. Martín el desventurado que yacía á mis pies, casi dando las boqueadas, á lo que yo me figuraba.

Le llamé, y me respondió con voz débil y quejumbrosa. Le pregunté si podría andar, y me contestó que ni levantarse tampoco, porque tenía una pierna partida. Comprendí que mis manos le habían evitado la muerte al caer; y creyendo que el favor debía ser completo, cargué con el P. Martín á cuuestas, y *pian pianito*, y haciendo descansos, y como Dios me dió á entender, me lo traje al pueblo y lo metí en mi casa, pidiéndole por la Virgen á mi madre que no dijese una palabra á nadie de lo que pasaba. Avisé luego al cirujano, que era buen hombre, y determinamos que yo no saliera de casa, haciéndome el enfermo, para que no se supiese que venía á curar al padre Martín.

Dos horas más tarde, se supo en el pueblo que en el caserón habían entrado Guillén y sus amigos, y que debían traer las alforjas y los sacos muy llenos de plata y oro, porque se estuvieron toda la noche repartiendo cosas que sonaban á metal, y luego tuvieron una gran jarana que duró hasta el amanecer, y todavía con la borrachera en el cuerpo se separaron muy entrado ya el día llevándose cada uno su parte de botín.

El convento quedó reducido á escombros, y los frailes salvados que no murieron en el saqueo, huyeron por los campos refugiándose en las granjas y masías inmediatas.



JEFE INSURRECTO DE LA RUMELIA.

III

El *Paesanto* tomó aliento, y aun aceptó una gota de aguardiente y un poco de agua que le ofreció el herrero, prosiguiendo luego su relación de este modo:

—Pues señor: al cabo de los años resultó que Guillén era uno de los más ricos de la comarca, y que el Padre Martín, con su pata coja, vino á ser el párroco del pueblo. ¡Cosas de la vida! Por supuesto, ni Guillén entraba nunca en la iglesia, ni el Padre Martín hacía caso ninguno de semejante hombre, á pesar de que le debía la gracia de la cojera.

Pero cata que llega el año 55, y que empieza el cólera á hacer de las suyas en muchas provincias de España. Como Guillén era muy rico, estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo por temor de que la epidemia se colase en el pueblo, tanto más cuanto que comenzaban á decir las gentes si á tres leguas de aquí había habido ó no alguna novedad.

Guillén propuso inmediatamente acordar el pueblo, y hasta tapiar las calles, organizando una ronda de vecinos armados que recibiese á tiros á todo el que se aproximase á Castralejo: y así se hizo, siendo Guillén el que más vigilaba para que no entrasen aquí ni los pájaros del aire.

Pues señor: á los pocos días de acordar el pueblo recibe Guillén una orden á rajatabla del gobernador de la provincia, mandándole personarse inmediatamente en la capital para no sé qué asunto de elecciones que trafa muy azorado al Gobierno. Los sapos y culebras que echó Guillén por la boca no son para dichos, porque como él era aquí el gallo electoral, tenía miedo de perder toda su influencia si desobedecía las órdenes del gobernador. De modo y manera fué que el hombre no tuvo más remedio que montar á caballo y marcharse á la capital, pasando por algunos pueblos donde decían si había ó no esos microbios que ahora habéis descubierto vosotros, y que entonces no se conocían ni de nombre.

Apenas se marchó, el secretario del Ayuntamiento, que era mozo listo y tenía más miedo que vergüenza á morirse de un torozón de tripas, hizo que se reunieran los concejales para deliberar si se le permitiría ó no la entrada á Guillén cuando volviera, sin meterlo antes en una corraliza ó choza aislada donde pasase la cuarentena hasta ver si traía la peste encima. Se discutió en grande, porque Guillén tenía algunos amigos en el Ayuntamiento, tan bribones como él: pero en tratándose de la pelleja, no hay amistad que valga para ciertas gentes. Así fué que, acordaron al fin, por unanimidad, poner un lazareto en las ruinas del convento de San Jerónimo, y meter allí á Guillén cuando volviera.

Si vosotros no fueseis tan animales, comprenderiais como yo que la Providencia hace las cosas mejor que pueda imaginarlas el más pintado, y que tarde ó temprano dice *aquí estoy yo*, y no hay otro remedio que caer boca abajo y aguantar la mecha.

Pues señor: á los tres días, y á cosa del anoche, uno de los cuatro centinelas que vigilaban el camino á un cuarto de hora de aquí, vino corriendo á dar parte de que llegaba Guillén. La ronda, que estaba en la entrada del pueblo á las órdenes del secretario, fué allá con sus escopetas y trabucos á obligar á Guillén á retroceder hasta el convento de San Jerónimo, ó á pegarle un tiro si no se avenía á razones.

Cuando Guillén se acercó y le intimaron la orden se quedó espantado. ¡Parecía que el mismo diablo lo había hecho! ¡Obligarle á pasar la noche entre las ruinas del convento de San Jerónimo, á él, que había puesto el cordón y que tenía además tanto que ver con aquellas ruinas...! De ninguna manera se avenía á semejante orden. Juró, amenazó, gritó: pero todo inútil. El secretario y su gente se echaron las escopetas á la cara como á unos treinta ó cuarenta pasos de Guillén, y

— ¡Andando! — le dijeron. — O va usted á San Jerónimo, ó le metemos á usted estas balas en el cuerpo.

— Pero dejadme por lo menos ir á una casa de campo — contestaba Guillén.

— ¡Al convento! — repuso el secretario. — Esta es la orden y hay que cumplirla.

— Mirad que no me puedo ya tener á caballo — replicaba el otro. — ¡Que estoy enfermo! — añadió por fin con una voz tan suplicante, que hubiera conmovido á otros menos miedosos que aquellos bárbaros.

— Razón de más — contestaron ellos. — Y vuelva grupos en seguida, ó disparamos sin misericordia.

Guillén volvió grupos y se dirigió al convento, y los que le seguían, á bastante distancia por supuesto, vieron efectivamente que se balanceaba so-

bre el caballo, hasta que al llegar á la puerta de la derruida iglesia, en una de cuyas capillas se había hecho una especie de choza para cobijar á los viajeros, Guillén se escurrió, más bien que se bajó de la silla, cayendo en el suelo como hombre que no puede tenerse en pie. Daba gritos pidiendo socorro, pero los que le vigilaban le contestaron, alejándose cada vez más, que en la capilla podría acostarse sobre un jergón de paja y taparse con una manta, que era todo el ajuar del lazareto.

Guillén se arrastró como una culebra, y se perdió de vista entre las ruinas de San Jerónimo, dando ayes y quejidos que causaban más espanto que compasión en los cobardes vigilantes.

La mitad de ellos se quedó en las inmediaciones del convento para que nadie se arrimara, y los otros se volvieron al pueblo á dar cuenta de lo sucedido.

Al cuarto de hora de llegar ellos, en todo el pueblo no se oía más que una voz:

— ¡Guillén tiene el cólera! ¡Guillén está enfermo en San Jerónimo!

Se me ha olvidado decir que Guillén era entonces viudo, y que sus dos hijos estaban en Madrid haciendo mucho papel en periódicos y reuniones políticas; de modo y manera que no tenía á nadie de la familia que pudiera interesarse por él.

¡El pobre, con tanto dinero, y tan solo y tan abandonado en aquella ocasión!

De sus criados no hay que hablar: ni uno ni medio se brindó á asistirle en el encierro.

Pero cata que sabe el P. Martín lo que pasa, y se va derecho al Ayuntamiento, y llama al secretario y al alcalde, y les dice que es una barbaridad lo que acaban de hacer, y que es preciso enviar socorros, y medicinas, y cama, y todo lo necesario al enfermo, porque eso es lo que manda Dios, y no dejar á los hombres que se mueran como perros.

Y viendo que los concejales se hicieron los remolones, porque nadie se atrevía á exponerse, coge el P. Martín su manto y su sombrero de teja, se viene á mi casa, y me manda enganchar una mula en el carro. En seguida vamos á la suya y bajamos un colchón, una almohada, sábanas, comestibles, pucheros y todo lo necesario para vivir uno ó dos días en el lazareto cuidando al enfermo.

— ¡Ea! — me dijo cuando lo cargamos todo. — Tú y yo nos vamos á San Jerónimo hasta que Dios quiera. Y si estos bárbaros no nos dejan salir de allí, nos moriremos si es preciso, pero cumpliendo nuestro deber. ¡Andando!

Nos fuimos allá, con gran espanto del pueblo; pero fué mayor el de Guillén cuando nos vió entrar en la capilla, y nos acercamos á aquel jergón donde se revolvía entre su propia inmundicia.

Lo que aquel hombre pensaría al ver que nadie más que el P. Martín con su pata coja se acercaba á asistirle: que estaba abandonado de todo el mundo menos del pobre fraile á quien tanto daño había hecho en aquel mismo convento donde por casualidad se albergaba, no como una persona, sino como un perro rabioso... vosotros os lo podéis figurar mejor que yo. Lo que sé decir es que mientras el P. Martín, animándole con sus palabras, le ponía el colchón y las sábanas, y lo cuidaba como á un hijo, él no decía nada... le miraba, todo espantado, con los ojos muy abiertos, hasta que habiéndole dado un poco de agua, porque se moría de sed, y estando preparándole una taza de té, oímos que el infeliz rompía á llorar con tan grandes sollozos, que á mí se me arrasaron los ojos y al P. Martín le entró también un sentimiento y una cosa, que sin poderse contener se abrazó á Guillén y le besó muchas veces en la frente llamándole ¡hijo mío! y diciendo ¡bendito sea Dios! ¡bendito sea Dios! entre lágrimas y suspiros, que hubieran ablandado el alma más endurecida.

Después que le dimos el té, el P. Martín me mandó salir fuera, y mientras yo me paseaba á la luz de la luna y veía aquellos claustros y aquella iglesia, tan hermosos en otro tiempo y entonces tan tristes como los esqueletos de un cementerio, Guillén se confesaba con el P. Martín y recibía la absolución de todos sus pecados de manos del pobre fraile que veinte años antes había arrojado Guillén por una ventana del convento...

Guillén murió, y le enterramos en el antiguo cementerio de los frailes, porque nadie quería acercarse allí ni por un ojo de la cara. A nosotros nos tuvieron seis ú ocho días haciendo penitencia en las ruinas, y durmiendo en el mismo colchón en que Guillén había muerto. Por milagro de Dios no reventamos también como él. Al fin volvimos al pueblo, y todo el mundo miraba al Padre Martín y á su pata coja, recordando lo que acababa de hacer por su enemigo.

— Bien se ha vengado usted, P. Martín — le dijo el secretario al verle pasar por la plaza.

— ¡Qué quieres, hijo! — contestó el P. Martín

sonriéndose como un santo. — Esta es la *venganza de un fraile*.

Cuando concluyó el *Paesanto* su relato, que no había dejado de causar cierta impresión en los concurrentes, el estudiantillo, con la inocencia de los pocos y mal empleados años, le preguntó al buen viejo:

— ¿Y eso que usted ha contado es historia... ó cuento?

El *Paesanto* le miró un instante de arriba abajo, se levantó luego con mucha pausa, y dirigiéndose hacia la puerta dijo:

— ¡Mocosos! ¡Librete Dios á ti y libre también á todos estos animales de que el cura de la parroquia se tenga que vengar pronto de vuestros insultos como se vengó el Padre Martín de las picardías de Guillén!

Un mes no había pasado, y ya el cólera estaba haciendo estragos horribles en el pueblo de Castralejo. La mayor parte de los concurrentes al Casino huyeron del pueblo en cuanto se presentaron los primeros casos.

El cura, ayudado del *Paesanto*, fué, como en todas partes, el héroe del pueblo.

¿Tuvo que vengarse de alguno de sus detractores, como se vengó de Guillén el P. Martín? ¡Quién sabe! Lo único que ha llegado á mi noticia es que el estudiantillo estuvo á las puertas de la muerte, y que el cura no se separó un instante de la cabecera de su cama, porque los individuos de su familia le abandonaron, y que desde entonces acá no ha vuelto á decir el tal muchacho que quiere ahorcar al último rey con las tripas del último cura.

VALENTÍN GÓMEZ.

PONTÍFICE Y REY¹

I

« ¡Sus, á caballo! ¡Dónde no halléis mundo
Tened sólo las riendas!

¡Alzad, valientes hijos del desierto;
A plantar vencedoras nuestras tiendas
En las tristes orillas del Mar Muerto!

¡Adelante, adelante,
El azote de Dios va con nosotros,
No ha de brotar la yerba
Donde fijen el casco nuestros potros!
¡Sus, hacia Roma! Al són de nuestros pasos
Un trono consagrado se derrumba,
Un Pontífice tiembla, y entre ruinas,
Ve abierta ya su tumba.

Quiero cantar en su vencida frente
El himno de mi gloria y mi venganza,
Y en su sangre caliente
Calmar su sed la punta de mi lanza.
Dijo Atila y partió como el cometa
Que arrastra de sí en pos hordas de fuego
Con que describe su órbita secreta;

Y el rastro de sus huellas,
Deja á la tierra presagiando muerte;
Y temblando de miedo á las estrellas,
Rodaron como arena en el desierto,
Las hordas, por los campos incendiados...

Voló Atila adelante,
Y cual cráter fatal que se desploma,
Su potro desbocado y jadeante
Saltó los muros de la eterna Roma.

Lo esperaba el Pontífice sereno...
Las hordas al galope atropellaron,
Y del mundo á la faz, de espanto lleno,
Pontífice y salvaje se encontraron.
¡Y el bárbaro tembló...! Sus ojos fieros
Ante los ojos tristes del anciano,
En el ceño rugado se ocultaron,

Y en las órbitas negras
Sus pupilas fosfóricas chispearon,
Como en el fondo de un abismo eterno
Brilla feroz la risa del infierno...!

Tembló... Su fuerte lanza
Abrasando su mano,
Sin herir se arrastró por vez primera;

Y su guerrero acento
Débil se alzó, turbado y soñoliento.

Las hordas se perdieron entre el polvo,
Como mies sacudida por el viento,
Y el hijo del desierto y de la guerra
Fué despedido y solo,

En los hielos del polo,
A esquivar el sarcasmo de la tierra.

¹ En el triste aniversario de la ocupación de Roma por los piamonteses, nos parece oportuno insertar esta preciosa composición debida á un joven poeta de Uruguay, dedicada á Pío IX en el 50 aniversario de su consagración episcopal. Esta oda obtuvo entonces en América un éxito ruidoso.

II

Y pasaron los tiempos... De las nieblas
De años envueltos entre oprobio y gloria,
Alzaron la cabeza
Genios que amamantaba la victoria.
Pronunciaron sus nombres:
La tierra enmudeció, besó sus manos,
Con el peso fatal de los laureles
Sintió oprimir sus lastimados hombros,
Y en silencio miró que los tiranos
De tronos humeantes con escombros,
Amontonaron su dosel funesto;
Y agria la frente, desdeñoso el gesto,
Los reyes á sus pies encadenaron,
E insultando á la tierra,
En su cerviz altivos se sentaron.
¡Y la tierra calló! Ellos en tanto
Miraron el abismo de los pueblos,
Y el vahido del vértigo
Cegó sus ojos con espesa sombra,
Al ver desde su solio,
Limitando su altiva omnipotencia,
Sobre el mundo inmortal de la conciencia,
Aun alzarse radioso el Capitolio.
Una idea mortal cruzó su frente...
A su empuje las puertas
Crujieron entreabiertas
Del alcázar del Dios armipotente.
Penetraron triunfantes,
Mas, al tender sacrilega la mano,
Las armas se cayeron
Y las alas del genio se quebraron...
¡Genio, gloria y poder se derrumbaron!
¡Oid...! Eco lloroso,
Aun en los mares suena
El canto funeral, lento, nervioso
Del saque de una tumba en Santa Elena.
Sombra de Napoleón, alza la frente;
No por triste y vencida
Mi voz le inferirá cobarde agravio,
Que, al llenar reverente
El alto sacerdocio del poeta,
Sin odios y serena la difundo;
Que no tiembla mi labio
Ni evocándote á ti ni hablando al mundo.
Habla, di si es verdad que el anatema,
Estigma eterno que marcó tu frente,
Heló en tus sienes la fatal diadema,
Como el ósculo frío de un cadáver
Alzado entre las nieblas del Oriente.
Si al extender tu mano hacia el santuario,
No miraste en las nubes que lo envuelven,
Iluminarse con rojiza tea,
Seguirte en la pelea,
Hacer desfallecer tu alma gigante
De Waterloo la sombra amenazante;
Y en las nieblas del Vístula sombrío
Arrastrar los jirones de tu gloria
El genio del sarcasmo en el vacío.

III

¡Y habrá quien llegue á golpear de nuevo
Hiriendo con el pomo de la espada
Esa puerta de Roma, custodiada
Por severos vestiglos
Que levantan sus frentes
Del polvo misterioso de los siglos?
Me responde el cañón... Gritos de guerra
En el aire se chocan confundidos;
El cielo con la tierra
Aparecen unidos
Por nube enrojecida, cuyo seno
Una tormenta abrasa
Y el rayo reventando despedaza.
Entre el polvo y el humo
Roma levanta la sagrada frente,
Y el Pontífice anciano abandonado,
Ceñida con espinas la cabeza
Al lado de los hijos que le quedan,
Alza al cielo los brazos
Y escucha la llanura estremecida
Por roncós alaridos
Que gritan: ¡libertad! ¡Italia unida!
¡Libertad, libertad! ¡Santa palabra
Que adora el alma mía!
¡Siempre has de ser la máscara cobarde
Donde esconde la faz la alevosía?
¡Hasta cuándo tu nombre
Gemirá profanado,
Siempre en sangre empapado,
Siempre nuncio de ira,
Siempre hermanado en el oscuro labio
Con el crimen, la audacia y la mentira?
¡Ah! ¡no mintáis! Ayer sobre ese muro,
Que asaltáis con intrépida arrogancia,

Mirasteis en silencio
Libre flotar el tricolor de Francia.
Y ante el mundo hoy alzáis vuestro trofeo
Al oír á lo lejos
De Sedán el sangriento clamoreo.
Valientes de la causa de los buenos:
¡Roma, Roma por todo!
Del mundo defendéis la santa herencia,
Y el mundo ya os levanta
Un magnífico altar en su conciencia.
¡Sois los menos! No importa; allí se muere...
A morir como buenos... ¡Dios lo quiere!
¡Si no tenéis victoria,
Ceñirán vuestras frentes de soldados
Pólvora, y humo, y redención, y gloria!

IV

El polvo del combate se disipa,
Apaga el bronce su clamor de muerte,
Y entre la grita inmensa de la turba,
Mudo contempla el cielo
Rodar el trono santo por el suelo;
Y el mundo no vacila
Al mirar sobre el muro profanado
Flotar audaz el pabellón de Atila!
¡Y tú callas, Señor! Presta á mi acento,
Para volver al mundo su esperanza,
Un eco del aliento
Con que en Siná vibraron
La voz de tu poder y tu venganza!
De pie sobre las ruinas de los siglos,
Con la fe del Señor en la conciencia,
Hablo al mundo tranquilo,
Que al llenarme la luz de mi creencia,
Jamás tiembla mi voz, jamás vacilo.
Hombres de hoy, ¡mirad á vuestro mundo!
El Pontífice santo
Dobla oprimida la cabeza cana,
Y el hierro del tirano
Ahoga su voz al implorar al cielo,
Y al bendecir al mundo ata su mano;
Mirad de los puñales y la injuria
Los sacerdotes del Señor huyendo;
Y al són de libertad de los malvados
El templo y los altares profanados.
¡Ay de Jerusalén! clamó el profeta;
¡Ay de Jerusalén! cumplióse el fallo;
Y hoy tranquilo el poeta,
Del negro porvenir abre la puerta,
Sacude al mundo con nerviosa mano
Y le grita su voz: ¡mundo, despierta!

V

Al través de las sombras nebulosas,
Unido al porvenir palpar veo,
Escrito con estrellas misteriosas
Lo que ante el mundo arrebatado leo;
Sobre ese templo que el orgullo impío
Insultando á la tierra ha levantado,
Crecerá espesa yedra
Que hará brotar la maldición del mundo;
Del muro que á su crimen ha amparado
No ha de quedar ni piedra sobre piedra.
¡Ah! Los tiempos vendrán, porque está escrito,
Pontífice inmortal, ilustre Pío,
En que la tierra besará tus huellas,
Y tu nombre gigante
Brillará, avergonzando á las estrellas.
¡Yo amo tanto tu nombre!
¡Tu noble ancianidad venero tanto!
No me es dado por ti verter mi sangre;
Mas vierto al menos mi oprimido llanto.
¡Ah! si pidiera sangre tu corona,
Por ceñirla á tu sien encanecida
Vertiera el pecho mío
Toda la que sedienta de martirio
Aliento en los raudales de mi vida.
¡Qué feliz si en el campo de la gloria
Fuera el ¡ay! de mi muerte
La gran diana triunfal de tu victoria!

J. ZORRILLA DE SAN MARTÍN

(de Uruguay).

BIBLIOGRAFÍA

Prólogo al Libro de los Cuentos del P. Fr. Conrado Muñíos.



ASTA considerar lo que es un prólogo para comprender que las breves líneas con las cuales, á guisa de tal, voy á encabezar mi libro, no van dirigidas, ni á mi hermanito y familia, cuya benevolencia tengo a

priori asegurada; ni á mi público infantil, benévolo por naturaleza con los cuentos; ni á mis amigos, que lo son conmigo siempre; ni á mis paisanos, que me perdonarán cualquier falta por sólo el mérito de haberme acordado de nuestra olvidada Soria; ni á los habituales lectores de algunas publicaciones católicas, de quienes soy buen amigo hace algunos años. Todos harán bien en pasar por alto las presentes líneas, que no van con ellos, sino con los otros.

Cursando Teología en el Colegio de La Vid (Burgos), y durante unas vacaciones, empecé á borrajear estos cuentos. Acababa de refrescar mis delicias de niño saboreando las bellísimas narraciones de Trueba, cuyas hojas he humedecido con más lágrimas que libro alguno en mi vida. Movido por la impresión que me causaron, y no sé si por vocación legítima ó por juvenil atrevimiento, tomé entonces la pluma diciendo como el artista: *Anch'io sono pittore*. Dios me perdone la presunción, que grande fué la de querer imitar al más imitable de nuestros novelistas modernos; Dios me la perdone en gracia de las modestas aspiraciones con que emprendí mi trabajo. Reducíanse éstas á enviar una corta serie de cuentos escritos de mi letra á mi hermanito Álvaro, que á la sazón se ejercitaba en la escuela en la lectura de manuscrito. Ni por semejas pensé jamás al escribirlos que hubiese impresas en el mundo. Mas hubieron de caer en manos de mis superiores, que mirándolos con excesiva indulgencia, pusieron empeño en que se publicasen, y *El Hijo de la lavandera* fué generosamente acogido y estampado en la Revista madrileña LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA. A fuer de escritor novel, que mira por vez primera su firma y sus pensamientos en letras de molde, esperaba temblando el fallo de la desdeñosa señora á quien de poco acá denominan *la opinión*; la cual, sin duda por uno de los caprichos que se le achacan, tuvo á bien mostrarse conmigo tan indulgente como mis dignos superiores. Mi relato corrió con fortuna revistas y periódicos españoles y americanos, y en Enero de 1884, el diario católico lisbonense *A Nação* me dispensaba la inmerecida honra de publicarle en su folletín, hermosamente traducido al portugués por el señor J. M. M. de Seabra. El éxito inesperado me animó, y en LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA primero, y en la *Revista Agustiniana* después, fui publicando los demás cuentos, y añadiendo algunos otros, que el público ha seguido recibiendo con igual benevolencia.

Sin ánimo al principio para urdir de propio marte una relación que ofreciera novedad, adopté asuntos históricos que traté de exornar como Dios me dió á entender; mas recordando que también mi rincón natal, la histórica tierra de Soria, tiene como la *Euscalerria* montañas cubiertas de nieve y vallecitos sembrados de flores, frondosos pinares y pintorescas aldeas, iglesias y santuarios, y casitas blancas donde se vive la vida del hogar, ya por desdicha casi legendaria en lo restante de España, vida sencilla, tranquila y feliz, de costumbres patriarcales y cristianos sentimientos, cobré alientos y me eché á pintar de costumbres populares. Saliéronme al paso dulcísimos recuerdos de la infancia, y no dudé en aprovecharlos hasta tal punto, que algunos personajes de estos relatos son personas de carne y hueso, que hasta los perros y gatos que en ellos salen han sido á veces de mi íntima confianza, y que no pocos lances son episodios de mi niñez ó de la de mis parientes y amigos. Desde entonces se advertirá que á la influencia de Trueba, casi exclusiva al principio, va unida la de otras escuelas y diversos escritores.

Réstame añadir para completar la historia de estos humildes ensayos, que *El Riachuelo Soberbio* está calcado con excesiva osadía en el graciosísimo cuento de Trueba, titulado *Lozoya*; que el titulado *Los Valientes* fué benévolamente laureado en los *Juegos florales* de Burgos de 1882 y que *Dos Cielos* se escribió para la velada literaria con que este Colegio celebró la solemne beatificación del Bienaventurado Alonso de Orozco, y corre impreso por primera vez en el lujoso *Album* que comprende los trabajos leídos en aquel acto memorable.

Mi sagrado ministerio me excusa decir que lo primero en que he fijado la mira ha sido en la pureza de la moral cristiana, que si nunca ha de olvidarse, mucho menos cuando se escribe para niños. Yo creo que la moralidad en las obras de arte, además de obligación de conciencia del escritor, es exigencia precisa de los principios estéticos; porque soy de los que piensan que nada es bello sino lo que es santo. No apruebo el machaqueo moralizador del arte cerradamente docente que á cada paso diserta ó sermoniza; pero tengo del arte concepto suficiente elevado para que no me duela verle arrastrarse por lodazales inmundos y aspirar el

ambiente corrompido de las tabernas, garitos y lupanares, en manos de la escuela mal llamada *naturalista*. Ciertamente el artista ha de tomar sus elementos de la *naturaleza*, ó mejor dicho, de la *realidad*, como Dios hizo de barro el cuerpo del primer hombre; mas para que la obra artística respire y viva, es preciso que, como Dios también, le infunda un espíritu divino venido del cielo.

A estos principios me he atenido en la composición de mis cuentos. En los de asunto histórico presenté á los niños modelos que imitar: en los de propia invención traté de envolver siempre una lección provechosa; y en unos y en otros me he propuesto excitar los buenos y generosos sentimientos de mis infantiles lectores, sonriendo unas veces, llorando otras. Supuesta ahora la verdad de la sentencia de Horacio, según la cual, para conmovér es necesario estar conmovido, juzgando por las lágrimas que á mí me han costado estos relatos, me atrevo á esperar que algunas derramarán los lectores.

Nada he de decir de la forma. Si á alguno le parece demasiado familiar, hágame el favor de colocarse en el verdadero punto de vista, y acaso no le parezca tanto. Mis narraciones, meros entretenimientos de un estudiante, ni se escribieron en su mayoría para publicarse, ni pueden aspirar á otra calificación literaria que la de cuentos para niños, mejor dicho, para un niño, escritos con el corazón, pues en ellos ha tomado poquísima parte la cabeza, y en el tono de una conversación familiar. Imagínese el lector que no lee un libro, sino que oye á un abuelo contar cuentos á sus nietecitos al amor de la lumbre en la cocina de un pueblo de los Pinares de Soria. Pude, al darlos á luz, tratar de retocarlos; pero me pareció que algo habían de perder de su nativa frescura. Por la misma razón, y porque al mismo objeto principal se enderezaban, seguí idéntico camino en los que he escrito ya con ánimo de darlos á la imprenta. Tales, pues, cuales son, con sus faltas y sus sobras, ahí van coleccionados, por orden de mis superiores é instancias de mis amigos, esos pobres hijos de mi alma, demandando la indulgencia de un público para el cual no se ha escrito, encogidos y medrosos como el humilde labriego á quien obligan á presentarse ante el Rey con los atavíos de la labranza.

FR. CONRADO MUIÑOS SÁENZ.

PROGRESOS DE LA ELECTRICIDAD

COMO todo cuanto se refiere al ministerio fluido llamado á cambiar, en plazo no lejano, la faz de las industrias humanas, es, por esto mismo, de tanto interés, nos proponemos dar á conocer á nuestros lectores los últimos adelantos en la materia, aunque sólo sea con la brevedad exigida en esta clase de publicaciones.

Al efecto comenzaremos por un resumen de los descubrimientos hechos hasta el día, clasificándolos según sus aplicaciones.

ALUMBRADO ELÉCTRICO

Davy observó por primera vez el arco voltaico en 1813, haciendo pasar la corriente de una pila poderosa entre las puntas de dos trozos de carbón. Más de cuarenta años pasaron para que tan maravilloso descubrimiento saliese de los laboratorios, y hasta 1844 no se hicieron experimentos públicos de alumbrado eléctrico, los cuales llevó á cabo en la plaza de la Concordia de París M. Deleuil con la lámpara imaginada por Foucault y compuesta con el grafito formado en las retórtas usadas para fabricar el gas.

En 1846 se aplicó al teatro de la Ópera de aquella capital, y dos años más tarde, Foucault en Francia, y Staité y Petrie en Inglaterra, construyeron reguladores para mantener los carbones á la distancia conveniente, que fueron luego sustituidos por el de M. Serrín, de aplicaciones numerosas.

Aplicóse desde entonces la luz eléctrica á la iluminación de las vías públicas y de las obras, ejecutándose experimentos en París, de 1855 á 1859, por los Sres. Lacassagne y Thiers, y minándose con su auxilio los túneles del Guadarrama en el ferrocarril del Norte de España.

Como el gran gasto de la pila limitaba el número de aplicaciones, los físicos se dedicaron á obtener la corriente eléctrica por medio de máquinas, siendo la primera de este género la imaginada por Nollet, profesor de Física de Bruselas y perfeccionada por Messon, de la Escuela central de París, conocida con el nombre de *Máquina de la Alianza*. Inventiones análogas tuvieron lugar en Inglaterra por

Holmes, Wilde y Ladd, sin que tales trabajos dieran resultado práctico é industrial hasta el invento de las dinamoeléctricas de Gramme, cuyo privilegio obtuvo en 1869, siendo apreciadas sus ventajas incontestables en la Exposición vienesa de 1879. Al mismo tiempo, el Sr. Hefner Alteneck creaba la máquina eléctrica llamada de Siemens.

Desde entonces empezó á adoptarse el alumbrado eléctrico en algunos establecimientos industriales, y en 1876 ya se contaban en Francia veinticuatro talleres así alumbrados.

En 1876 se celebró la Exposición de Filadelfia, donde se expusieron las máquinas eléctricas europeas, las cuales revelaron á los americanos una nueva vía para su estudio, que produjo al poco tiempo las de Brush, Edison, Maxim, Weston y otras. La primera Exposición internacional de electricidad se verificó en París en 1881, y allí se presentaron multitud de máquinas inspiradas en los tres primitivos tipos de la Alianza, de Gramme y de Siemens, y que sólo diferían en modificaciones de detalle.

No se descuidó el estudio de las lámparas, perfeccionándose los reguladores; Jablochhoff inventa en 1876 su bujía; Edison, Swan y Maxim las lámparas de candencia en el vacío, y desde este momento se establece la lucha para que el alumbrado por la electricidad llegue á prestar los mismos servicios que el de gas, y se suceden los inventos de detalle, los perfeccionamientos y las modificaciones para obtener luces fijas, duraderas, de fácil manejo y de económico coste.

En los establecimientos industriales tiene el alumbrado eléctrico grandes ventajas, sobre todo si se trata de fábricas ó talleres donde puede disponerse de una fuerza motriz. Dichas ventajas son las siguientes:

Economía más ó menos importante, según se usen focos de arco ó de candencia.

Supresión de la mayor parte de los riesgos de incendio ó explosión.

Facilidades para el trabajo á causa de la abundancia de luz.

Supresión casi completa del calor y de los productos de la combustión.

Entre las más recientes y notables instalaciones, citaremos la de la fábrica de Cail de París, en que se han empleado los dos sistemas de arco y candencia felizmente combinados. La superficie iluminada es de 23.400 metros cuadrados, y el número de focos luminosos 177; de los cuales 94 son de arco voltaico y los restantes de candencia. Están alimentados por cuatro máquinas de Gramme, que producen, cada una, una corriente utilizable de 280 amperes con fuerza electromotriz de 70 voltas, ó sea próximamente 26 caballos de 75 kilográmetros. El coste de instalación ha sido de 72.675 francos, para la parte eléctrica, y el de entretenimiento 0,107 francos por hora en cada foco de arco y 0,01 en los candentes.

Curiosa es también la iluminación eléctrica de los almacenes del *Printemps*, en París, que comprende 258 focos del sistema de Jablochhoff, 4 reguladores y 223 lámparas candentes, que equivalen á 9.416 carceles. Están alimentadas por 17 máquinas de Gramme auto-excitadoras, una para el servicio de día y cuatro de recambio, movidas por 3 de vapor de 100 caballos cada una, alimentadas por cuatro generadores del tipo de Belleville. El coste de las lámparas ha ascendido á 60.900 francos, y el gasto por año es de 39.200 francos para combustible, grasas, etc., y 33.000 para personal; y calculado el interés del capital empleado, se puede evaluar el coste por año del alumbrado eléctrico en estos almacenes, en 230.700 francos. Tal cantidad parece exorbitante, pero comparándola con la que costaría el alumbrado por gas, resulta que para alumbrar convenientemente (aunque sin la intensidad con que lo hace la electricidad), estos almacenes habrían de gastarse 221.625 francos por año, cantidad poco diferente de la anterior y cuya diferencia no compensa los inconvenientes de menor cantidad de luz, calor y alteración del aire. Una iluminación por gas con la misma intensidad que la eléctrica no bajaría de 775.392 francos anuales.

Para hacer los cálculos, cuyos resultados hemos dado, no hay más que tener en cuenta la equivalencia de cada foco eléctrico en lámparas de carcel, que es la que se toman por unidad: cada bujía de Jablochhoff de 4 milímetros equivale á 30 de carcel; las de 6 milímetros á 65; los reguladores á 150, y á 2 las candentes.

Estas últimas son las que más se prestan para el

alumbrado de piezas pequeñas, públicas ó privadas, y pueden sostener la competencia con el gas, aun desde el punto de vista económico. Se construyen lámparas de esta clase, cuya potencia luminosa varía desde 0,10 á más de 20 carceles, si bien en las aplicaciones ordinarias las más comunes son de los dos tipos establecidos por Edison; la A, llamada de 16 bujías, y la B de 8. Las primeras exigen un gasto de fuerza motriz de 10 kilográmetros por término medio. Su intensidad luminosa es de 1,72 carceles, cuestan á 5 francos y duran 700 á 800 horas, después de cuyo tiempo hay que reemplazarlas.

Como creemos de utilidad práctica para nuestros lectores saber el coste de instalación del material eléctrico, comprendiendo máquinas dinamo-eléctricas, lámparas y conducción, ponemos á continuación el referente á lámparas de candencia en París, que habrá de aumentarse, aunque sólo sea en los derechos de aduanas, para España.

En instalaciones industriales:

De 25 lámparas A.....	90 francos por lámpara.
De 50 —	80 —
De 120 —	55 —
De 200 —	45 —
De 300 —	42 —
De 500 —	38 —
De 1.000 —	32 —

Para instalaciones particulares, los precios son más elevados.

Entre las últimas instalaciones hechas por la Sociedad Edison, conviene citar la de la casa Ayuntamiento de París, que consta de 500 lámparas, alimentadas por dos máquinas de Edison (tipo K), movidas á su vez por otras dos de vapor.

Si no temiéramos enojar á nuestros lectores, haríamos también mención de otras notables instalaciones de alumbrado eléctrico, tales como la del Hipódromo de París, que comprende 120 bujías de Jablochhoff y 120 reguladores de Serrín, y las de los teatros del Châtelet, Ambigu y Ópera de París; y los de la Scala y de Manzoni de Milán. En unos se combinan las lámparas de arco con las candentes, en otras se emplean únicamente estas últimas.

El 13 de Septiembre de 1884 se inauguró en Berlín por la compañía alemana de Edison la primera fábrica central para producir y conducir á domicilio las corrientes eléctricas. Esta fábrica puede alimentar 2.000 lámparas de candencia y 18 de arco, con ayuda de 4 grandes dinamos para las primeras y 3 para las últimas. La corriente de aquellos cuatro va á parar á un conmutador general que la reparte á los cables é hilos de la red, provistos cada uno de un contador y de aparatos especiales para saber si las lámparas y conductores correspondientes funcionan bien. Los reguladores proporcionan los medios necesarios al servicio de cada parroquia, y con precauciones especiales se ha conseguido amortiguar por completo el ruido de las máquinas.

En Bruselas se ha experimentado la iluminación de la Gran Plaza, por medio de dos reguladores de Jaspard de 1.000 carceles cada uno, montados sobre mástiles de 20 metros de altura. Las barras de carbón son de 25 milímetros de diámetro, y la luz dura 7 horas y media.

También la Exposición de Higiene, hace poco celebrada en el palacio de cristal de Londres, fué iluminada únicamente por la electricidad con 4.450 lámparas candentes y 319 de arco, alimentadas por 56 máquinas eléctricas; y en una fábrica de hilar lanas establecida en Lodz (Polonia), se emplean 40 focos de arco del sistema de Gravier, con fuerza de 25 caballos.

Pero donde la lámpara candente ofrece ventajas es en las minas de hulla, donde tan frecuentes son las explosiones, y de ello se han hecho varios ensayos con buen resultado. Lo mismo puede decirse de las fábricas de pólvora, de destilación y, en general, de las industrias en que debe evitarse el contacto de las materias ó gases explosivos con los focos de luz. Para este objeto se han imaginado lámparas especiales, entre las que deben mencionarse las de Trouvé, alimentadas por pilas ó acumuladores portátiles, y las de Tommasi, combinadas con una pila de bicromato de potasa de escaso volumen. Las disposiciones de unas y otras son ingeniosísimas, y con gusto haríamos su descripción si no temiéramos alargar demasiado estos apuntes.

El alumbrado por medio de la electricidad en las habitaciones y lugares de reunión presenta también ventajas desde el punto de vista higiénico. Por los otros procedimientos de alumbrado, la idea de luz entraña siempre la de combustión, y ésta se hace á expensas del aire que respiramos, consumiendo su oxígeno á cambio del ácido carbónico por la combustión producido; y esto, en proporciones tales, que una luz de gas ordinaria absorbe tanto oxígeno como

1 Ampere es la unidad de intensidad y equivale á $\frac{1}{1000}$ el volta, unidad de fuerza electro-motriz, es próximamente la de un elemento de Daniell; y el *ohm*, unidad de resistencia, es la que corresponde á la que opone un alambre de 4 milímetros de diámetro y 100 metros de largo, á la propagación de la electricidad.

cinco ó seis individuos. Por tanto, en lugares reducidos y mal ventilados, la iluminación artificial por los procedimientos comunes puede ocasionar funestas consecuencias, á más del gran calor que produce, y es otro de sus inconvenientes.

El siguiente cuadro, formado por Crompton, permite apreciar exactamente los resultados de la combustión producida por los diversos sistemas de alumbrado y su comparación con la electricidad, los cuales están establecidos para una intensidad luminosa de 12 bujías durante una hora.

CLASE DE ALUMBRADO	Litros de oxígeno absorbido.	Litros de aire viciado.	Litros de ácido carbónico desprendido.	Calorías producidas.
Gas de hulla grasa...	93,2	467,2	56,9	491
Gas ordinario.....	98,1	490,5	90,8	703
Aceite de ballena....	134,5	672,5	94,3	587
Idem de parafina....	192,8	964	127,4	911
Esencia de trementina.	188,3	941,5	135	824
Bujías de esperma....	214,3	1071,5	163,3	888
Idem de cera.....	238,1	1190,5	167	965
Idem esteáricas.....	249,7	1248,5	176,9	943
Velas de sebo.....	339,7	1698,5	247,1	1276
Lámpara candente....	0	0	0	35

No juzgamos necesarios los comentarios á que se presta el anterior cuadro, ni las consideraciones á que da origen; pero sí habremos de añadir que, además del consumo de oxígeno y desprendimiento de ácido carbónico producidos por las diversas clases de alumbrado, á excepción del eléctrico, hay á veces desprendimientos de humos ó líquidos, de vapores de agua ó de azufre, escapes de gas sin quemar, todo lo cual contribuye á viciar la atmósfera y á estropear las habitaciones.

Lo dicho basta para recomendar el alumbrado eléctrico en recintos cerrados; y puede obtenerse con facilidad, sin necesidad de tener constantemente un motor en marcha, recurriendo al empleo de los acumuladores, como ya se ha hecho en algunas instalaciones particulares, obteniéndose la cantidad de electricidad necesaria y gastando sólo la correspondiente á las lámparas que se enciendan.

Otra ventaja de la luz eléctrica es la de que, cualquiera que sea el sistema empleado para obtenerla, no altera los colores de los tejidos ó de las pinturas que ilumina, lo cual ha sido manifestado en diversos experimentos hechos por M. Deaux, probando que la acción de la luz eléctrica sobre los colores puede considerarse como idéntica á la ejercida por la solar.

E. M. REPULLÉS Y VARGAS.

(Continuará.)

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)



Iba á faltar el valor á Alejandra, que se sentía movida á prorrumpir en sollozos. Apoyó con fuerza sus labios en el cristal helado, escondió bajo sus párpados temblorosos la llama que ardía en sus ojos... después huyó, dejando caer sobre Witold una última mirada...

No debía volverlo á ver en este mundo.

Cuando, á eso de las ocho de la mañana, entró en la fortaleza, con su vestido de amazona, que se había puesto en el camino, oyó en el patio de armas un lúgubre redoble de tambores, al que siguió una fuerte detonación. La señorita Nebutoff llamó á un soldado que pasaba, y le preguntó el motivo de esos extraordinarios rumores.

— Señorita — respondió tranquilamente este hombre — es que fusilan al capitán Ignattiew.

Alejandra, aterrada, estuvo á punto de caer del caballo. Salíó á galope, y á los pocos pasos se deshizo en lágrimas.

— ¡Me han matado á mi mejor amigo, á mi segundo hermano! — exclamó desesperada. — ¡Oh Witold! ¡habremos pagado muy caro el haberte libertado!

Corrió á encerrarse en su cuarto; y por la tarde la encontró el coronel llorando, cuando vino á decirle que se preparase para seguirle á Varsovia. Había entregado ya las llaves y el mando de la fortaleza al mayor Glebokin.

XIX

La casa del cura de Mlynck, cercana á la iglesia, de la cual no estaba separada más que por la tapia del cementerio y sus tumbas de césped, estaba un poco distante de las casas de la aldea y por eso había escapado á los destrozos del incendio. El digno cura no se había dejado espantar por los furores de la devastación moscovita, al contrario, había redoblado su valor y su celo para dulcificar en cuanto era posible las crueles miserias del dispersado rebaño. Los pobres habitantes de Mlynck no tenían aún ni la fuerza ni los medios de levantar las tristes ruinas de sus cabañas; pero los guardabosques, los guarda-cotos habían ofrecido un asilo á muchos de ellos en las espesuras del bosque, el cura había alojado á muchas mujeres y niños en su cocina y en sus trojes y había encontrado, para los demás, un asilo accidental en los curatos de los alrededores. Todos los domingos reunía á sus fieles en su iglesia, les predicaba la fe, que eleva y tranquiliza, la resignación cristiana, que derrama el bálsamo de la esperanza sobre los males de este mundo, y al fin de la misa, ofrecía á Dios una dolorosa plegaria por los antiguos señores del pueblo y por las almas de los valientes caídos defendiendo la desgraciada aldea.

Después, cuando los cuidados del altar no lo reclamaban ya, se encerraba, solo y triste, en su pequeño cuarto, dejando errar amargas miradas sobre las tumbas y sobre las ruinas, contemplando silencioso este cuadro siniestro y sombrío: esas armaduras mutiladas, esos muros ennegrecidos, esa tierra removida recientemente, que cubría tantos despojos recientes y bebía lentamente la sangre de los muertos; y en fin más allá de las ruinas de la aldea, el gran esqueleto del castillo, con el techo hundidos, con las piedras ruinosas, con las ventanas devoradas por el incendio.

Pero, en el momento en que penetramos en el gabinete de trabajo del cura, el anciano sacerdote no estaba allí solo. Un momento antes, su criado Maciej le había venido á avisar que llamaba á la puerta un monje bernardino y pedía hospitalidad. El cura, con un gesto de benevolencia, había dicho que se introdujera al recién venido. Era un hombre de aspecto activo y arrogante, con ojos ardientes, profundamente escondido bajo espesas cejas negras; su talle derecho, erguía con rectitud casi militar bajo el grosero hábito negro, se prestaba con dificultad al aspecto humilde y modesto, al porte reservado que distingue por lo regular á los buenos hermanos de esta orden.

El cura de Mlynck reparó en esto á primera vista, pero no observó nada y se adelantó hacia el recién venido con cordialidad.

— ¡Alabado sea Jesucristo! — murmuró el monje.

— Por los siglos de los siglos — respondió el cura. Después añadió: — Descansad, padre. Parece que habéis caminado mucho, y estáis sin duda muy cansado. Muy pronto se servirá la cena; voy á que la preparen más pronto.

— Aunque la cena no es para rehusarla — respondió el bernardino sonriéndose — no es eso precisamente lo que yo venía á pedir...

Lo que necesito sobre todo es un asilo, diversas circunstancias hacen que me sea de una necesidad imperiosa.

— Como gustéis, padre — respondió el sacerdote con sencillez. — Mi casa es la casa de Jesucristo, y está abierta para todos sus hijos, que son mis hermanos.

— Bien — replicó el monje sonriendo — tomo acta de vuestras palabras.

¿Según eso, dígame lo que le diga, me acogeréis de todos modos?

— Seguramente; ¿por qué me preguntáis esto?

— ¿Por qué?... Voy á decíroslo en seguida.

Pero permitidme que eche el cerrojo.

Y el forastero, levantándose, echando hacia atrás su gran capucha, dejó ver una espesa cabellera castaña, entre la cual se veía una tonsura imperceptible. Se dirigió hacia la puerta, la empujó cuidadosamente, dió vuelta dos veces á la llave en la cerradura y, volviendo á su sitio, metió uno de sus pies en los pliegues de su largo hábito y en una de las cuerdas de su cintura, tropezó y estuvo á punto de caerse.

— Hace poco tiempo que ha entrado el buen hermano en el convento, sin duda; no está aún acostumbrado á llevar el hábito — pensó el buen sacerdote sonriéndose.

El extranjero notó esta sonrisa; volvió hacia el cura y le dió la mano.

— Me daís albergue porque soy viajero solo y pobre — dijo; — pero ¿me lo daríais también si fuese proscrito?

— Con más razón — respondió el cura.

— ¡Bien respondido! — exclamó el desconocido estrechando la mano del sacerdote.

Pero aun otra suposición... Si fuera un hermano fingido, ¿me recibiríais?

— Un hermano fingido — ¿qué queréis decir?

— ¿Y si me presentase bajo una apariencia que no es la mía? ¿Y si este hábito que llevo no fuera más que un disfraz?

— Entonces no me metería á indagar los motivos de vuestra superchería; rogaría á Dios que os protegiese si erais inocente, y que os perdonase si erais culpable... Pero en una y en otra hipótesis, os ofrecería igualmente mi mesa y mi hogar.

— ¡Sois un hombre digno! — exclamó el extranjero con energía, estrechando la mano del cura — y prefiero tener con vos la conciencia enteramente limpia. Además, Tadeo Oskierko, á quien he visto en Varsovia, me ha elogiado mucho al cura de Mlynck para que pueda abrirle mi corazón...

Sabed, pues, que soy patriota, agente faccioso por profesión y bernardino en este momento por mandato, juzgando más prudente abrigar bajo la capucha y el manto de estameña algunos despachos importantes del Gobierno nacional.

— Seáis quien seáis, sois mi hermano — interrumpió el cura — y ya que habéis tomado el vestido eclesiástico para rehuir el peligro, que la casa de un eclesiástico os ofrezca esta noche el descanso que necesitáis para trabajar en defender la causa nacional.

— En todo caso, no es un traidor ni un intrigante el que alojáis, mi buen padre — replicó con arrogancia el enviado. — Mi nombre me ha valido una buena reputación de probidad, si no una ligera reputación de valor... Me llamo...

— ¿Para qué necesito saber vuestro nombre? — concluyó el sacerdote. — ¿No acabo yo de nombraros?... Os llamáis mi hermano en Jesucristo. Vamos á sentarnos á la mesa. Ya llama Magda, para que se la deje entrar con su plato de salchichas y su samowar hirviendo.

En un momento puso la modesta cena en la mesa, y el bernardino de circunstancia empezó á hacer honor á ella como hombre que ha caminado mucho á pie, mezclando su comida con la relación de su arriesgado viaje. Contó al digno cura cómo para llevar los despachos del gobierno á un destacamento insurrecto en la Lituania occidental, se había vestido con el hábito de monje, para que no lo inquietaran en todo el largo camino que debía recorrer; y que á pesar de eso había tenido que escoger los caminos menos frecuentados. Pero desde hacía dos días había encontrado por todas partes gran número de patrullas rusas, y á la caída de la noche, temiendo perderse en las marismas de que está lleno todo el país, y sabiendo que estaba cerca de las ruinas de Mlynck, había pensado en pedir hospitalidad al cura, del cual Tadeo le había encomiado muchas veces su lealtad y la nobleza de carácter.

El sacerdote escuchó este último cumplido con sonrisa de indiferencia; se informó con tierna compasión qué es lo que le pasaba al pobre joven por el cual tanto había llorado y cuya madre había él enterrado; después, sabiendo que Tadeo estaba más tranquilo, hablaba con más libertad al cura; le preguntó sobre el movimiento de los partidos, sobre las noticias recibidas de las diversas columnas combatientes, sobre las esperanzas de los jefes polacos... En fin, los dos convidados acababan de vaciar su última taza de té y se disponían á levantarse de la mesa, cuando oyeron llamar repetidamente á la puerta.

— Señor cura, os llaman — dijo al cabo de un momento Maciej, que había ido á abrir. — El viejo Florián, el antiguo cochero de la señora de Oskierko se ha puesto malo de pronto en casa de Mieszek, el guardabosque. Dicen que está acabando: grita, se desespera, y quiere recibir el Santo Viático antes de morir.

— Voy á ir allá — respondió el sacerdote. — Prepara el caballo, Maciej, y despierta al pequeño Andrzej. Lo llevaré á ancas; que esté listo dentro de tres minutos, mientras que bajo á la iglesia. No hay tiempo que perder; hay legua y media de aquí á la choza de Mieszek, en el bosque de Brock.

— ¡Pero es muy tarde, señor cura! — observó el emisario. Se levanta viento y la noche está muy oscura. ¿No podríais esperar á que fuera de día?

El sacerdote, antes de responder se volvió hacia la puerta. Vió que Maciej se había ido; entonces, acercándose á su huésped, le dijo con dignidad:

— Si se tratara de ir á plantar vuestra bandera en un baluarte enemigo en medio de una noche oscura, iluminada únicamente por los resplandores mortíferos de las bombas y de las granadas, ¿retrocederíais? ¿titubearíais? ¿esperaríais á la aurora?

—Seguramente que no —replicó el monje fingido. —Primero vencer, después reflexionar.
—Y bien, yo también tengo mi victoria. Hay allá abajo en el bosque de Brock una desesperación de moribundo que vencer, un alma cristiana que salvar. Voy a plantar pronto allí mi bandera, que es la Cruz. Soy el soldado de Cristo: ahora ya podemos entendernos.

El monje paisano, conmovido por estas sencillas palabras, estrechó fuertemente la mano del sacerdote, en medio de un silencio más elocuente que un largo discurso. Muy pronto después se oyó resonar sobre los guijarros del camino el ruido de las herraduras del caballo, que se alejaba llevando al niño y al cura.

Entonces el viejo Maciej entró en la sala.

—El señor cura no se ha olvidado de usted; al marcharse —dijo él al bernardino, me ha recomendado mucho que os lleve a su cuarto, que os prepare su cama, para que descanséis durante su ausencia. No volverá, es probable, esta noche, porque ha ido lejos y se quedará tal vez al lado del enfermo hasta que esté todo concluido.

El comisario del Gobierno se inclinó para dar gracias y siguió a su guía en silencio.

—La cama del señor cura no es muy blanda, sin duda; pero tal vez el buen padre no la tendrá mejor en el convento —dijo el anciano servidor indicando la estrecha cama, cubierta con gruesas sábanas muy blancas, pero un tanto ásperas.

—Está muy bien, y yo descansaré aquí perfectamente —respondió el fingido monje.

Pero a pesar de esta seguridad, cuando salió Maciej no se desnudó, y poniendo al alcance de su mano dos pistolas que había tenido escondidas hasta ahora debajo del hábito, se extendió en la cama envuelto en su gran manto de estameña, y echándose la capucha sobre los ojos, no tardó en dormirse. Al cabo de media hora poco más o menos, creyó oír como en sueños un ruidoso galope que se paró de pronto delante de casa del cura. Después llamaron con violencia, se oyó resonar armas y gritar en ruso con voz ronca:

«¿No vive aquí un cura? Que venga. ¡Nos hace falta el cura!»

Una de las mujeres de Mlynck, que dormía en la cocina, se acercó a una ventana y percibió un escuadrón de cosacos con sus brillantes lanzas y sus caballos echando humo. Se echó hacia atrás con un grito de terror, que despertó a todas sus compañeras, y hasta el viejo Maciej, que se acostaba en la cuadra.

—El cura no está aquí —respondió este último, pasando su cabeza por la claraboya.

—Mientes, perro... Sabemos que a tu cura no le gusta viajar por la noche; y es preciso que venga. Debemos llevárselo a nuestro capitán, que creo que se casa.

—Os repito que no está aquí; ha ido a llevar el Viático a un moribundo.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Medios de destruir las moscas. — Semejantes animalitos cumplen su destino en la naturaleza de un modo que aún desconoce el hombre. ¡Quizás se alimenten de otros seres o sustancias que, viviendo en la atmósfera, nos sean perjudiciales! ¡y quizá también sirvan por su pequeñez para la difusión de la materia orgánica! ¿Quién sabe?

Pero de todos modos son muy molestas, tanto por sus picaduras como por lo mucho que ensucian los muebles, cristales, etc., y en su consecuencia se ha discurrido mucho para destruirlas o evitar su contacto.

El aceite de laurel es un preparativo eficaz; con una mano de este ingrediente dada a los cercos, puertas y ventanas de una habitación, se evita que penetren en ella las moscas.

Otro medio directo consiste en untar las caras de dos tablas con miel, ponerlas de canto sobre una mesa bastante próximas, y cuando anidan entre ellas las moscas, juntarlas bruscamente; de este modo se matan a centenares.

Otro medio consiste en hacer un cocimiento en agua de 8 partes de cuasia, añadiendo después 125 partes de melaza. Esta preparación se pone en platos dentro de las habitaciones, y en ella perecen gran número de moscas.

Para evitar que dichos animales, los tábanos y las moscardas, molesten a las caballerías, frótese el cuerpo de las bestias con hojas de manrubio negro, o si no con hierba mora.

Hay también otras recetas de líquidos y aun aparatos diversos con el mismo fin, que sería prolijo enumerar, pero con los propuestos hay bastantes para destruir muchos animales de esta especie, si bien en absoluto no se logra exterminarlos, ni mucho menos. Sólo desaparecen con la falta de luz o con el frío.



EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE BULGARIA.

Higiene en las bebidas frías. — Son muy convenientes en las presentes circunstancias los siguientes consejos de una crónica científica extranjera, perfectamente aplicable a nuestro país:

El agua fresca a diez u once grados, es preferible al agua de fuente o de pozo refrescada por el contacto del hielo.

El agua fría debe beberse lentamente, a sorbos, y la menos posible si no es en la comida.

Deben evitarse las corrientes de aire después de haber bebido si se está sudando. Conviene no beber el agua muy fría, para que la reacción de la sangre a la periferia no exagere las excreciones acuosas. Conviene también no tragar alguna sustancia sólida para atenuar la impresión del frío sobre la túnica del estómago y disminuir así la tendencia a la transpiración.

En los países cálidos, durante los grandes calores, hay la costumbre de tomar las bebidas frías por medio de una paja. El hilo líquido corre en corta cantidad sin reconcentrar sensiblemente la sangre a la piel, y así se sacia la sed mucho mejor. Será poco cuanto se diga para recomendar la conveniencia de beber a pequeños tragos, en vez de enviar bruscamente al estómago grandes masas de aguas frías.

En los viajes, y durante los paseos largos, es preciso detenerse un cuarto de hora antes de beber, a fin de que se disminuya la transpiración producida por el cansancio.

Después de haber bebido, conviene aún esperar algunos minutos antes de emprender de nuevo la marcha. Así se sacia la sed sin peligro y sin disminuir las fuerzas del organismo.

MISCELÁNEA

La Academia científico-literaria de la Juventud Católica de Valencia, llena de entusiasmo y de amor a la excelsa Madre de Dios, bajo el dulce título de los Desamparados, y deseosa de rendirle un homenaje con motivo de la declaración canónica de su patronato sobre aquella ciudad y sus arrabales, invita a los escritores y artistas para que concurren con los productos de su inspiración a formar una corona, si no digna de la egregia Señora, muestra al menos del afecto de sus hijos y del de-

seo de honrarla con cuanto más selecto puedan producir las artes y las letras. A este efecto, celebrará un certamen literario y artístico en el próximo año de 1886 y día de su festividad, con arreglo a las bases expuestas al final, y adjudicando los siguientes

PREMIOS. — 1.º Título de socio de mérito a la mejor oda a la caridad de Valencia, patrocinada por la Virgen de los Desamparados.

2.º Una azucena de plata al mejor romance sobre algún hecho de la historia de Valencia, relacionado con la Virgen de los Desamparados.

3.º Un objeto de arte al mejor estudio crítico sobre la influencia que la devoción a la Santísima Virgen de los Desamparados ha ejercido en las grandes empresas del pueblo valenciano.

4.º Título de socio de mérito y el distintivo de la Academia al mejor cuadro pintado al óleo, alegórico a la protección dispensada a Valencia por su patrona la Virgen de los Desamparados.

5.º Ochenta pesetas al autor del mejor dibujo a lápiz, propio para ser grabado en plancha o en piedra litográfica, como diploma o título académico de esta Corporación.

6.º Una batuta con cabos de plata al mejor motete para tenor, barítono y coro, con acompañamiento de piano, armonium, violín y violoncello, letra de la jaculatoria *Sub tuum praesidium*, etc., etc., adicionada con la estrofa *Monstra te esse matrem*, etc., etc.

BASES. — 1.ª Las composiciones en prosa y en verso serán en lengua castellana.

2.ª Las dimensiones del cuadro serán un metro como minimum de altura, y las del dibujo del título académico de 32 centímetros por 21.

3.ª Los trabajos que aspiren a los premios ofrecidos en este certamen, deberán ser originales e inéditos, y se presentarán con las condiciones generales a todos los certámenes, no debiendo contener el nombre del autor en forma anagramática o seudónima, considerándose en este caso que renuncia al premio.

4.ª Además de los premios ofrecidos, se adjudicarán accésits a juicio del Jurado calificador, nombrado según lo dispuesto en el art. 30 del Reglamento.

5.ª Para poderse adjudicar el premio de socio de mérito, ha de reunir el agraciado la condición 1.ª del art. 9.º del propio Reglamento.

6.ª Las obras premiadas quedarán propiedad de la Academia.

7.ª Los autores de las artísticas no premiadas tendrán opción a recogerlas, presentando el recibo que se les entregue.

8.ª Los que deseen tomar parte en el certamen, presentarán sus composiciones y obras antes del día 1.º de Abril de 1886, en la secretaría de la Academia, situada en la calle de Don Juan de Villarrasa, número 12, palacio del Sr. Conde de Parcent.

Valencia 10 de Mayo, día de la festividad de la Santísima Virgen de los Desamparados, del año de gracia de 1885. — El Presidente, Vicente Gadea Orozco. — El Secretario, José Sanchis Catalá.

1 Ser católico, apostólico, romano en creencias y costumbres, admitiendo y rechazando incondicionalmente cuanto cree y enseña la Santa Sede.

ADVERTENCIA

Todos nuestros lectores saben que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA es hoy propiedad de una casa de caridad, de un Asilo de infelices huérfanos que se mantienen de limosnas. En este concepto, todas las almas caritativas deben interesarse por la propagación de una Revista, única en su clase, que aspira a difundir las buenas lecturas, con provecho además de los huérfanos del Asilo.

Las personas que quieran prospectos o números sueltos para trabajar en esta buena obra, pueden pedirlos a la Administración.

La cual, ahora más que nunca, puede rogar a los suscritores que se hallen atrasados en sus pagos, la pronta remesa de fondos, pues el dinero de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA es tan sagrado como una limosna, porque pertenece a la caja de una casa de caridad.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5